

Brecha

AÑO 4 :—: ARTES :—: SEPTIEMBRE DE 1959 :—: LETRAS :—: Nº 1

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loría** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: **BRECHA Ltda.** — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

Pasajes poéticos en la obra científica de Don Anastasio Alfaro

Por *Carlos Luis Sáenz*

Si en Brenes Mesén, el poeta, el saber científico, la erudición, presta a su poesía hondura de concepto e imágenes originales, sin que se llegue a confundir lo artístico con lo científico—desnaturalizándose ambas esferas del pensamiento—, en don Anastasio Alfaro, el naturalista, la poesía, la imaginación creadora, presta a su ciencia belleza y virtud sugestiva, sin que tampoco se confundan esos dos campos de la creación y engendren monstruo híbrido y estéril.

La sensibilidad para la creación de belleza en las interpretaciones de las cosas de la naturaleza observada, nos sorprende, en la obra de don Anastasio, gratamente.

Abundan en sus obras y artículos de naturalista, de arqueólogo y de historiador, los pasajes que nos conmueven y emocionan por su calidad poética; a veces por las imágenes evocadas, a veces por la sugestión de las ideas que se nos adentran en la emotividad, haciendo saltar de la roca el agua de la emoción.

Sin duda alguna, a esta, para nosotros feliz cualidad del naturalista escritor, del sabio, se debe en gran parte el interés con que hemos leído y releído sus producciones. "Honda simpatía despierta en nosotros el sabio que observando como tal, cual poeta pinta los ocultos encantos de las cosas de nuestro alrededor", decía A. de Gilbert, a propósito de don Anastasio Alfaro en *La Patria*, del jueves 19 de diciembre de 1895.

El tema científico riguroso va saliendo de su pluma con

eficacia de información aclaradora de verdades; comprendemos mejor nuestra naturaleza y sus fenómenos; se amplían nuestros conocimientos con las observaciones y experiencias del sabio, corroboradas por los de otros científicos naturalistas. Mas, de pronto, surge el manantial estético, entre las verdades científicas, y nos halaga con sus linfas frescas y susurrantes; en armonía integral concurren verdad y belleza, tal como nuestra mente las halla entretrejidas en la trama del universo.

Como este científico y este

hombre no han matado en su espíritu ni al niño ni al poeta, en su estilo salta la gracia de lo admirado y de lo maravilloso, que flota y flotará siempre en torno a las verdades del universo, porque siempre alrededor de éste existirá por conocerse la infinitud: el cosmos y el alma humana.

Revisemos "Petaquilla" y volvamos a deleitarnos con algunos de los pasajes poéticos de la obrita.

Juegos de niños.

En "Dispersión de las semillas", el siguiente cuadrado familiar. "Hace algún tiempo, caminando con mis niños por los alrededores de Alajuela, hallamos un bejuco de **cucharrilla** tendido sobre un árbol de poró, del cual colgaban muchas petaquillas; en el suelo había algunas secas, divididas por mitades a manera de baiteitas. Pocos juguetes de Navidad les gustaron tanto como las mencionadas petaquillas: con las frutas enteras hicieron yuntas de bueyes, vacas de leche, baúles y maletas de

OMISION

Por olvido inexplicable e imperdonable, omitimos consignar en la nota editorial de nuestro número anterior, la eficaz cooperación que nos brinda la **COMPANIA NACIONAL DE FUERZA Y LUZ**, la cual desde un principio nos toma setenta y cinco números para repartirlos entre sus empleados, y de vez en cuando nos da anuncios.

Lo sentimos entrañablemente y con todo gusto les presentamos nuestras excusas en el mismo sitio editorial, por tan deplorable olvido, que también va contra nuestros intereses, ya que hemos dejado de mencionar esos setenta y cinco números entre los muchos que van de mano en mano por todas partes.

ropa; con las que estaban secas, divididas ya, fabricaron buques de vela, bateas de lavar, y otros utensilios domésticos; la ropita tan blanca, tan bien acomodada dentro de las petaquillas, les gustó en gran manera. Ese día hubo corrales cercados para los ganados, ventas de ropa y muchos otros entretenimientos infantiles; lo único que no se les ocurrió fue usar las petaquillas en vez de cepillos de cabeza, como lo hacen las doncellas indias en la península de Yucatán.

El bosque.

La visión de uno de nuestros numerosos bosques está evocada en las siguientes líneas: "Admirable en todos sentidos me pareció aquel bosque de árboles altísimos, llenos de hojas verdes durante todo el año y de pájaros, mariposas y flores que confunden sus brillos metálicos".

Abejas.

¿No son los dos siguientes, pequeños poemas en prosa que recuerdan el estilo y los motivos de Whitman?

"Las plantas ofrecen a las abejas el néctar de sus corolas y ellas llevan en cambio el polen de los estambres al pistilo, siendo así portadoras del amor vegetal, que mantiene el eterno proceso de la vida y contribuye a que las cosechas sean más abundantes para que se cumpla la ley bíblica de: "Creced y multiplicaos, henchid la tierra".

Insectos y estrellas.

"Todas las formas y tamaños, todos los colores del arcoiris, todos los matices de una puesta de sol y la variedad infinita de costumbres, que jamás llegará a conocerse en sus menores detalles, constituyen la historia de los insectos, tan interesante para los hombres de ciencia como el estudio de los cuerpos celestes, ambos igualmente incommensurables".

A la manera de Julio Renard he aquí imágenes de animalitos:

Un escarabajo.

"Parece un corto cilindro de azabache que lleva en la cabeza un cuernecito largo, delgado, curvo, como si fuera un pequeño rinoceronte".

Otro escarabajo.

"Color de púrpura, brillo metálico verdoso; tiene el macho un hermoso cuerno volteado en la cabeza, cual si llevara una asta de bandera".

El escarabajo enterrador.

"Su vuelo es pesado y bullicioso: atraído por las luces eléctricas entra, por las noches, en nuestras habitaciones, o aparece en las calles durante las primeras horas del día, golpeando contra las paredes de las casas; cuando se le sorprende camina con torpeza, sin levantar el vuelo; así es fácil capturarlo.

El canto de un pajarito.

"El canto del zoterré durante la época del celo parece la expresión del amor y la libertad".

Olominas y rivulus.

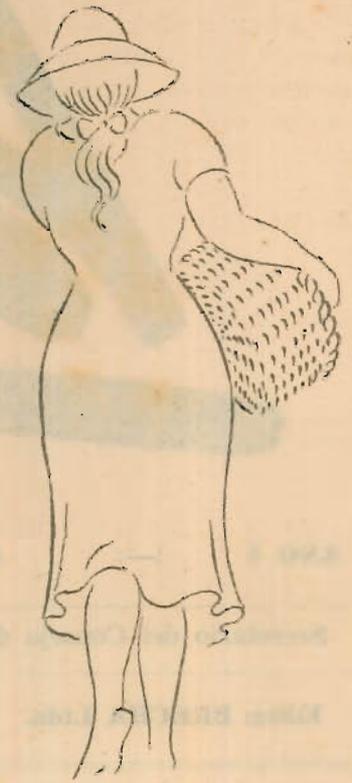
Es admirable el contraste que presentan en el acuario estas criaturas (las olominas) de reflejos nacarados y opalinos, alegres, movedizas siempre, que no guardan reposo, y los rivulus (otros pececillos) estáticos, que parecen submarinos varados o figurillas de goma laca suspendidas en el agua, sin emociones, goces ni contrariedades".

Una oruga.

"Terminado el crecimiento la oruga sale de su guarida, trajeada con el velillo blanco de las novias, se instala en el centro de una hojuela, por debajo, pálida e inmóvil, y comienza su transformación misteriosa: tres días más tarde se ha convertido en crisálida verde esmeralda, colgante y graciosa como una uva de Málaga, ostentando una manchita dorada a cada lado, a manera de zarcillos".

La mariposa recién nacida.

"La mariposa recién nacida permanece por algunas horas colgante del cascarón de su crisálida, como si le doliese



desprenderse de aquella envoltura que la dotó de elementos para volar con libertad; luego cambia de sitio, ensayando, por grados, la resistencia de sus alas y, por último, al caer la tarde, vuela con rapidez en busca del aire libre y del amor".

El pájaro cautivo.

"Hay en el corredor de la casa donde habito un senzonfle mexicano que no cesa de cantar: el sol que nace, la nube oscura que se pone, el agua que llueve, la noche que comienza, todos estos cambios de la naturaleza lo afligen y canta; pero canta triste, con notas tales que oprimen el alma, y que si supiéramos interpretarías nos harían saltar las lágrimas a los ojos.

Chupaflores

"La nota distintiva del chupaflores consiste en un constante ti - ti - tirí - tirí, repetido lo mismo cuando vuela con rapidez que cuando se posa tranquilo sobre las ramitas secas, como si golpeásemos por largo rato sobre un yunque de acero con un martillito diminuto".

El cacique

"Podría decirse que el cacique carece de la modestia del quetzal; a éste le gusta ocultarse entre las ramas de



42301

los árboles elevados, mientras el cacique prefiere los parajes descubiertos, donde su manto de terciopelo y grana se puede mostrar en todo su esplendor".

El comemaíz.

"Se ve por todas partes en Costa Rica, porque habita lo

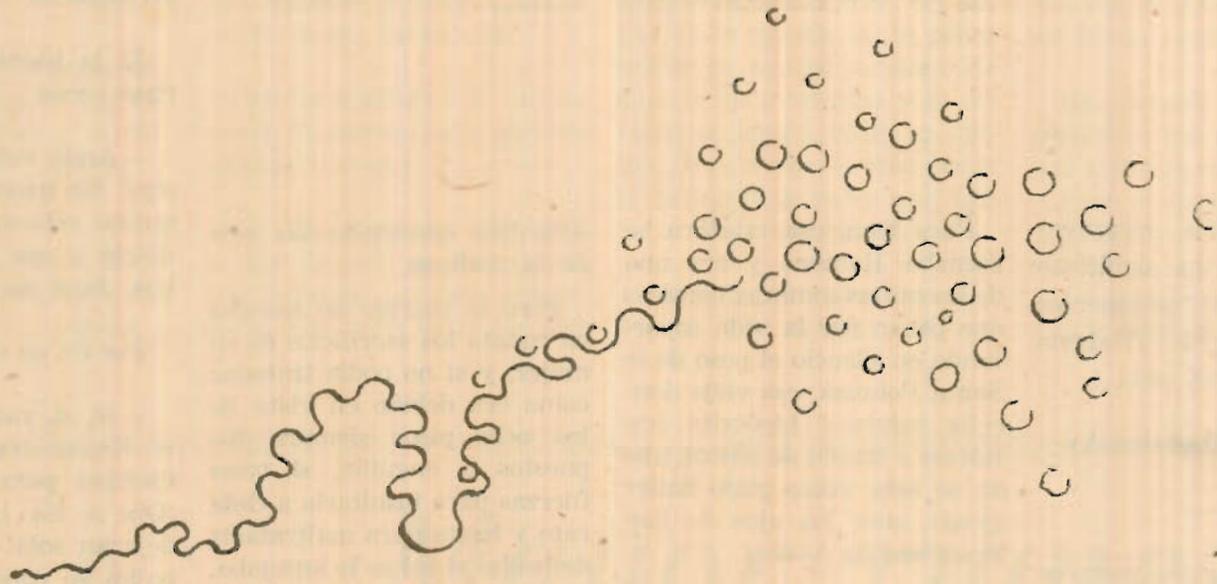
mismo en las altas montañas que en las llanuras del valle central; con igual entusiasmo entona su canto en la laguna superior del volcán Poás, que sobre el tejado de nuestras casas. Con frecuencia, de noche, cuando todo parece dormir un sueño tranquilo, el comemaíz rompe el silencio con sus notas agradables".

Rocas.

"Si la naturaleza se ha valido de la roca como materia prima para revelarnos su potencia creadora y conservadora, de igual manera la inteligencia humana se ha valido de las mismas rocas para manifestar su valer intelectual, en las sublimes creaciones del

arte arquitectónico, del modelado y de la estatuaria, desde el jarrón indio, los grandes monolitos y templos mexicanos, hasta los vasos etruscos, las divinas catedrales y la Venus de Milo".

San José, Julio de 1959.



Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

El fulgor de un ángel

Por Moisés Vincenzi

A pesar de la gran soledad que ensombrece tantas veces al hombre, en el extraño camino del mundo, algo nos dice, en el fondo del corazón, que estamos acompañados por un demonio, en ocasiones por un ángel y, en ciertas oportunidades, por un coro completo de espíritus que nos guía hacia la belleza, hacia el bien, hacia el mal o hacia un rumbo desconocido que se va presintiendo paso a paso en la sombra. Nadie sabría decir cómo es que esta presencia se manifiesta, pero llega el momento en que todos la sentimos, particularmente cuando un peligro nos amenaza o cuando una congoja nos abrumba o una alegría nos llena de recóndita felicidad.

El hombre desatento no sabría definirlo, pero los sabios siempre tropiezan con el oscuro o con el claro mensaje de esos espíritus, o como quiera llamárseles, que influyen de una manera o de otra, en nuestros arcanos designios. Y entonces nuestra conciencia se ilumina de esperanza o se entenebrece de horror. Goza o tiembla ante el fenómeno y llega a saber que la ciencia vulgar desconoce los más profundos secretos de la vida.

Sócrates hablaba de la inspiración que recibía de su demonio interior, en la inteligencia de que, en efecto no estamos aislados del resto de las cosas —de las piedras, de las frondas, de las flores y de las

estrellas—, como si pudiéramos ser hijos de la eternidad sin conservar ninguno de sus esplendores sublimes. Goethe —el pagano magnífico— nos declara, más de una vez, que siente algo extraño que interviene en su vida y que puede resbalar como una gota de rocío en la hoja del huerto; o como un suave resplandor en los ojos del artista. Es decir que tanto el uno como el otro —Sócrates y Goethe— sintieron en torno suyo la vibración armoniosa de este misterio insondable, que en Maeterlinck es una luz azul, en Nietzsche una sombra tremenda, y en todos, según su orto mental, algo raro, una presencia que el hombre cotidiano ni siquiera sabe presentir en el curso entero de su existencia.

Los grandes músicos miran, bajo su influjo, al igual que los grandes poetas, de un modo sorprendente que parece huír, al impulso de un ala secreta, del lugar en que se les mira y del instante en que viven. Siempre aprecian con estos ojos profundos lo que el hombre vulgar no sospecha y por eso, se les califica como dementes, como extraviados por el impulso del genio. Locos que miran lo impalpable, que sienten la presencia del más allá y escuchan sutiles mensajes de lo desconocido...

Solitario no está el hombre, a pesar de sentir la sed del desierto y el abandono de la tierra; la miseria del mundo y el silencio infinito del cosmos. Un ángel, un coro de ángeles —buenos o malos— revolotea en torno de toda criatura, vigilando su nave.

Hoy sentí y retuve un instante entre mis brazos, a uno de esos ángeles protectores que nadie ve, si no tiene ojos para ver. Mi soledad se llenó de luz blanca y mi corazón, de un efluvio de profunda esperanza. Y supe, una vez más, que nadie está efectivamente solitario en la inmensidad del desierto. Todo me pareció nuevo en torno mío y digno de un canto inmortal.

Rafael Heliodoro Valle

Por Alfredo Cardona Peña

El 29 de julio de 1959, víctima de un doble derrame cerebral que lo tuvo inconsciente durante semanas enteras, murió en la ciudad de México uno de los escritores más extraordinarios y fecundos de Hispanoamérica: Rafael Heliodoro Valle.

Es significativo el editorial que le consagró el periódico "Excelsior" al dar la noticia de su muerte: "Sin renunciar jamás a su nacionalidad de origen, a su bien amada Honduras, Rafael Heliodoro Valle fue mexicano—y de prosapia, de alta ejecutoria y de labor trascendente—, a lo largo de fructífera e infatigable jornada de investigación y divulga-

ción de nuestros más altos valores estéticos y científicos..."

El 3 de mayo de 1955, durante una entrevista, pregunté al ilustre hondureño (a quien ya veía cansado) cuáles eran sus planes, y contestó: "Ahora me dedicaré a lo que tanto he deseado: a leer y a escribir más, a poner remate a dos o tres libros que sigo preparando; a mí plena libertad, al aire puro de mis sueños, a mi vida íntegra".

Esa declaración, vertida en el escaño del reposo, se convierte ahora que lo hemos perdido, en el símbolo de su vida. Heliodoro Valle fue eso: un continuo trajinar con la obra. Durante medio siglo lle-

nó los periódicos de América, en un denodado trabajo de intención y de síntesis, de maduración y de fe en las creaciones de la inteligencia.

La crónica, la noticia bibliográfica, el ensayo erudito, el poema, el editorial y la gaceta se convirtieron en sus manos en un afán cotidiano. Era, además, un maestro de la correspondencia, estampando en cartas innumerables su alegría interior y su ironía. Cuando Honduras le nombró su Embajador en Washington, fue allá y cayó en una vasta red de tentaciones bio-bibliográficas, pues tenía la Biblioteca del Congreso a la orden, de manera que preparando

sus materiales históricos y escribiendo a los escritores de América para informarles de sus hallazgos, se veía como el pez en el agua y el arco iris después de la lluvia. Esos años de Washington fueron intensos y venturosos, no ciertamente desde el punto de vista político, sino por el lado de la literatura. Fueron la edad de oro en la primera y última senección del maestro, y desprendieron, en torrentera admirable, la "Bibliografía de Justo Sierra", la "Bibliografía de Enrique González Martínez", la "Bibliografía del Arte en México", la "Bibliografía de Hernán Cortés" y otras más, esclarecedoras y puntuales. Además, fue ahí donde

comenzó a gestar su magna **Historia de las ideas contemporáneas de Centro América**, libro cenital que permanece inédito.

Entre agasajos, conferencias, viajes, cartas y más cartas, trabajos en la Embajada y visitas a la Biblioteca, iba pasando aquella época sin igual en la vida de Valle. Era como un caos tranquilo, como un inmenso desorden de ordenadas vigilijs. Pero no equivocaba las fechas, no tergiversaba los datos, todo él sanidad de método, hecho como estaba para el buceo de las letras. Haciéndole frente a los compromisos, sabía rescatar la joya ignorada y darnos enseñanza de meditación y energía. El siguiente trozo de carta, que recibí el 10 de noviembre de 1949, sigue revelándonos, con toda su intencionada superficialidad, el mundo sonoro de las latas diplomáticas y el otro mundo soterrado de la indignación:

"No he tenido amplia oportunidad para poder seguir mis

investigaciones históricas con toda la calma que se requiere. El número de obligaciones sociales y tareas no puede ser más abrumador: recepciones hasta en las Embajadas de la India y Siam; lectura de memoriales implacables (solamente la FAO nos envía 3 a 4 diarios sobre asuntos de nutriología, agricultura, árboles frutales, etc.); apertura de paquetes postales en los que vienen libros de amigos y de gente desconocida, así como muestras de vinos franceses y casimires ingleses; peticiones de banderas, monedas, y sobre todo, de estampillas postales; y para dar más sabor al caldo, cartas en que me ofrecen palacios, yates y torres de marfil, sin contar las peticiones de dinero para conciertos musicales, campañas para ésta o aquella enfermedad, ayuda a los enfermos de emergencia... y no sigo diciendo más porque no acabaría. Se me olvidaba decir que también, y por mi culpa, estoy comprometido en las tareas organizadoras y directivas del Ateneo Americano de Wash-

ington, que abarca tertulias, ceremonias de homenaje (serán cuatro este año), visitas a lugares históricos, preparación del boletín y correspondencia que va desde Utah hasta San Paolo, Brasil".

El escritor fue apagándose como los faros viejos que luchan con una tempestad: se le veía alumbrar a ratos, hasta que de pronto cesó de advertir y proclamar su sitio.

Su obra es vasta, variada y siempre joven, con esa selecta juventud que sólo alcanzan los hombres buenos. Su último libro—**Viajero Feliz** (San Salvador, 1959)—confiesa desde su título la plenitud de quien se rinde a la belleza y pasa por el mundo saludando las rosas, convirtiendo la experiencia en una constante revelación.

Uno sólo de sus libros revela de inmediato la capacidad asombrosa del método. **La Bibliografía Cervantina en la América Española**, que preparó en compañía de su esposa doña Emilia, recoge y

ordena varios siglos de información con la elegancia, la desenvoltura de quien abre una caja de sorpresas, porque Heliodoro Valle, de quien dijo alguna vez don Enrique González Martínez que era el hombre "de los mil y un seudónimos", fue un Proteo de la investigación.

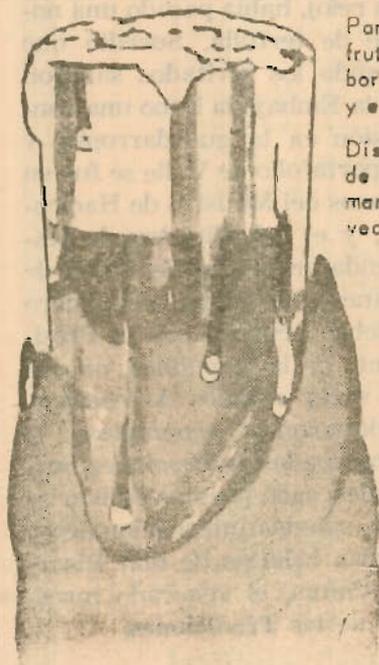
Ese libro, donde nadie falta y cada quién se localiza con la presteza de un alfabeto habitado y servicial, es una plantación de sorpresas maduras, y las hay tan abundantes que más parece descubrimiento que repaso.

Recoge dos mil doscientas cuarenta y dos fichas, correspondientes a otras tantas noticias, títulos de conferencias, ediciones príncipes, sumarios de libros y demás material cervantino que se haya escrito en nuestro mundo por escritores europeos e hispanoamericanos, desde la primera mitad del siglo XVII hasta 1950, pues como lo dijo en el prólogo, "América empezó a leer el Quijote el mismo año de su



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación..

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces..



Mi personaje inolvidable

Por Solón Núñez Frutos

A las nueve de la noche, el tren se detenía a las puertas de París. Era el mes de Octubre del año 1911. Rubén (el doctor Rubén Umaña) me esperaba en la Gare du Nord.

primera edición en 1605".

En su bibliografía nos encontramos todos, desde los que nacieron hace dos o tres siglos y siguen escribiendo, hasta los que acabamos de nacer; desde los más selectos y sabios panegiristas de Cervantes, hasta los que somos "asquerosamente jóvenes", como me dijo alguna vez Carlos Pellicer recordando juventudes remotas. Cuando la Universidad distribuyó los primeros ejemplares, y éstos comenzaron a venderse, Heliodoro Valle sorprendió a muchos escritores que habían escrito sobre Cervantes y no lo sabían, ya sea por la antigüedad de los escritos o porque no llevaban orden en sus papeles.

Valle fue capaz de cumplir una obligación escrita donde se juntan las noticias más distantes, donde lo perdido se encuentra y los datos establecen legión. Su cuarto de trabajo era como una biblioteca después de un terremoto, y sólo detectores subjetivos, sus antenas finísimas, podían localizar el volumen requerido. Cómo hizo para esas operaciones es un secreto que se llevó consigo. Quien lo veía con la mano penosa y el voluminoso cartapacio bajo el brazo, atravesar una amplia avenida para llegar puntual a la reunión diplomática o al café parlante, no se imaginaba el poderoso sistema de trabajo que llevaba entre ceja y ceja,

¡Cómo se lo he agradecido siempre! De allí nos dirigimos a la casa N° 42 de la Rue Monge, donde Rubén tenía su cuarto y había reservado uno para mí. Una nueva desilusión

ni la pasmosa prontitud con que redactaba prólogos, notas e introducciones a medio mundo.

Una vez (y esto me gusta inventarlo porque es la "radiografía" de la intención) perdió su portafolio y veinte periódicos de Hispanoamérica hicieron sonar el timbre de alarma reservado para casos de incendio, pues no podían llenar sus imprescindibles columnas. Se ofreció un premio de mil soles peruanos a quien encontrara aquel portafolio de piel de buho con incrustaciones de poesía, y al fin pudo ser localizado en el lujoso salón de recepciones de la Embajada de Beluchistán, donde Heliodoro, como un príncipe sin reloj, había pasado una noche de tertulia. Sucedió que cuando los invitados salieron de la Embajada hubo una confusión en la guardarropía, y el portafolio de Valle se fue en brazos del Ministro de Hacienda, y el del Ministro de Hacienda en brazos de Valle, de manera que cuando el primero celebró acuerdo con el Presidente de la República, en vez de sacar estados de cuentas, estimaciones económicas y complicadas valoraciones bursátiles, sacó poemas bolivianos, saludos internacionales y cartas inéditas de don Ricardo Palma, el venerado maestro de las Tradiciones.

Recorriendo sus páginas po-

debia amargarme aquella noche, que pudo haber sido parentesis de alegría. Yo esperaba encontrar en París a Alejandro Montero, con quien desde Costa Rica había man-

demos pasar de don Juan Toribio Medina a Uribe Echeverría, de Rodríguez María al doctor Leonard. Del norte al sur, las inteligencias se reunían en torno a su mesa, y él las estudiaba y criticaba que daba gusto. Las eminencias— el sabio don José Cecilio del Valle, que le andaba en las venas, el guatemalteco Irrisari, el argentino Alberdi y el ecuatoriano Montalvo, tan querido de Unamuno— formaban algo así como sus volcanes, a cuyas faldas él iba formando interesantes bosquecillos de divagación y rendimiento. Inútil decir que sobre volcanes brillaba una estrella, y era Rubén Darío.

¿Pero cómo afanaba? Cuando todos creían que se estaba divirtiendo, él estaba trabajando. Cuando alguien olvidaba un nombre famoso, él lo sacaba de un cajón invisible, adornándolo con dos o tres ocurrencias. Yo lo vi abandonar una mesa bien surtida, para hablar por teléfono y dictar un pormenor cogido al azar de la conversación, y que le serviría después para complementar una página.

Sobre esto privó su gran interés por Hispanoamérica. El interés de Valle por la literatura de nuestros pueblos ha quedado acéfalo, entendiendo su vigilancia como una oficina postal de incalculable actividad. Veía el nombre de un es-

tenido correspondencia, para, en compañía suya, hacer mi viaje a Ginebra donde proyectaba iniciar mis estudios de Medicina. "Alejandro está en Inglaterra, pero tú te puedes ir con Morenito (Ricardo Moreno) que está aquí. Mañana te lo presento" me dijo Rubén. "No me presentes a nadie. Me iré solo a Ginebra", respondí a Rubén, sin ocultar mi contrariedad. Yo llevaba muy adentro del alma la repulsa de mis aspiraciones, por presidentes, congresistas y aún por los mismos hombres que habían sido mis profesores, convertidos súbitamente de pedagogos en políticos. Mientras no pocos ricos sin otro lastre que la influencia política o familiar de sus padres, paseaban en Europa por cuenta del Es-

critor en una revista o periódico de los muchos que recibía, e inmediatamente lo recortaba y enviaba al interesado sin más objeto que producir estímulo, alegrándose de antemano con la alegría del prójimo.

En el sentido de la plática ilustrada —pero sólo en ese sentido—, creo que desde Gómez Carrillo no ha dado Centro América un periodista más universal, más vigilante que Valle.

Golpeado por las circunstancias durante sus últimos años, apenas alcanzó a ver el homenaje que todos le debíamos con motivo de sus cincuenta años de labor. Tardía, aunque convencida de la justicia, llegó el Aguila Azteca a ornar su pecho de resonancias múltiples. Esa presea que le dieron a Valle ya difunto, ahí en el abismo de su propia inmovilidad, produjo un poco de basura en el ojo y él debió sonreír desde su cúmulo angélico, con sonrisa triste de quien no puede dar las gracias. Pero, sobre los hechos fortuitos, queda el libro escrito, la vida realizada y la devoción de quienes le conocieron.

De ahora en adelante comienza su leyenda, y él, que amó la leyenda, seguirá decorando los laureles de América.

tado, a mí se me había negado el más insignificante apoyo. Cansado del viaje, no acepté la invitación que Rubén me hacía para ir a la Opera y me fui a acostar, que no a dormir, pues quería estar a solas con mis pensamientos. Muy temprano de la mañana, según la costumbre de levantarme primero que el sol donde quiera que me halle, estaba ya en pie. La idea de regresar a Costa Rica ganaba terreno en mi espíritu.

Silencio absoluto alrededor; sólo una lluvia fina golpeaba los vidrios de la estrecha ventana. De pronto, sin esperar respuesta a un ligero toque producido con los nudos de los dedos, se precipita en mi cuarto, en bata de baño, con los brazos abiertos cuan largos eran y el semblante alegre como unas castañuelas, un muchacho en quien reconocí, por haberlo visto años antes, desde la acera del antiguo Banco Mercantil, pasar jadeante y sudoroso, al vencedor de la primera Carrera de Maratón que se celebraba en Costa Rica: Ricardo Moreno Cañas. Yo, a pesar de mi predisposición, me sentí dominado por aquel muchacho cuyos ojos, cuya boca, cuyos gestos eran de la más encantadora sinceridad. Ricardo dejó a descubierto su corazón y aquella mañana fría y oscura del mes de noviembre, nació una amistad que el tiempo habría de consolidar. "Tú no volverás a Costa Rica, si no es con tu diploma de médico bajo el brazo. Haré valer en la Universidad tus notas en el Liceo y tu pasado en el magisterio, para que te eximan de los dos primeros semestres de estudios. Te recomendaré al Decano y al profesorado. Mis libros serán los tuyos. Mi dinero, de quien más lo necesite". Así respondía Ricardo a mis renovadas dudas. Yo me sentí conmovido; jamás nadie me había hablado en tales términos y quien así se expresaba era un muchacho a quien acababa de conocer, y que sólo tenía de común conmigo el lugar donde habíamos nacido.

De la dispensa del P. C. N. dependía matemáticamente que yo pudiera o no ingresar en la Universidad, pues por más

que barajaba las cifras de mis haberes, no podían éstos estirarse hasta cubrir más de cinco años de estudios. Pero yo pensaba: si mi vida de estudiante esforzado y de maestro celoso nada habían significado para los costarricenses, ¿qué valor podían tener aquellos papeluchos para los extranjeros?

Pocos días después partíamos Ricardo y yo para Ginebra. No obstante ser él de menos edad, hacía el papel de tutor; casi dijera, de padre cariñoso: me consentía, me animaba y combatía con su fe, este negro pesimismo que ha sido compañero inseparable de mi vida. La travesía de París a Ginebra fue grata. Ricardo tarareaba canciones populares francesas, repetía trozos de las Concherías de Aquileo; recordaba expresiones de nuestro pueblo, todo en un constante afán de distraer mi pensamiento de las ideas fijas que lo atormentaban. A un momento de la travesía, como adivinara Ricardo en mi alguna fatiga, abre su valija y saca de ella una elegante botella. "Esta loción —decía Ricardo, mientras me frotaba la frente— se la dio un novio a mi hermana Clarita. En lo menos que puede pensar el pobre, es que sea este par de "abrutis" quienes están usándola. Por cierto, agregaba, que cuando se la regalaron, las sirvientas comentaban que a Clarita le habían regalado un "perjume" que se llamaba "lotion". Y Ricardo reía con aquella risa que era como espuma del corazón.

Apenas abierta la matrícula de la Escuela de Medicina, me conduce Ricardo ante el Decano de la Facultad que era el profesor de Anatomía, doctor Segismundo Laskousky. Y, ¡oh contraste!: Yo que de niño había ido solo a la escuela primaria y al Liceo, era, de hombre ya, conducido casi de la mano a la Universidad. El doctor Laskousky saluda a Ricardo con paternal simpatía recordando en él al estudiante aventajado del curso anterior. Ricardo me presenta, extiende mis papelotes y hace al Decano un entusiasta resumen de mis pasadas actividades; éste, sin ahondar nada, me matri-

cula directamente en el tercer semestre. El P. C. N. quedaba descartado y con la dispensa, las posibilidades de emprender mis estudios.

Era la primera vez que un asunto mío se resolvía pronta y favorablemente; era un extranjero que daba crédito a un esfuerzo visto con tanta indiferencia por los hombres de mi patria; pero las cosas no habrían ocurrido así, sin el padrino del "beau garçon", como llamaba el Profesor Laskousky a Ricardo Moreno Cañas.

En la Pensión Masson, Rue Lombard N° 4, donde yo vivía, nos reuníamos diariamente allá por los años 1911-1914 Ricardo Moreno C., Alejandro Montero y yo. La cita era a las cuatro de la tarde y su objeto tomar café dentro de la más encantadora camaradería. Ricardo preparaba el café que era para él y para mí la más deliciosa de las bebidas; yo iba en busca del pan,

la mantequilla y la confitura y don Alejandro, así llamábamos en obsequio a su seriedad al hoy doctor Montero Segura, era el encargado de la limpieza de la modestísima vajilla. Mientras tomábamos el café, recuerdos de la patria lejana, de la familia, y con más frecuencia, conjeturas sobre la escasez de numerario o su tardanza en llegar a nuestras manos. Esta zozobra no alcanzaba a don Alejandro, cuya renta era mayor que las nuestras o que la nuestra, pues entre Ricardo y yo no existía lo mío ni lo tuyo. El domingo era cosa distinta: otros se ocuparían en servir un café superior en calidad y mejor presentado; hacer los mandados y lavar los utensilios. Los domingos encontrábamos un pedazo de tierra costarricense en el generoso hogar Martínez-Nussbaumer. El tiempo volaba allí oyendo a don Gregorio, profesional honorable y caballeroso, hacer recuerdos del pasado, sus viajes por Europa y anécdotas de la Admi-

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

ORIENTACION DEL PLAN DE ELECTRIFICACION NACIONAL

El Plan de Electrificación Nacional que está realizando el ICE, está orientado a:

- Crear las fuentes de producción eléctrica para garantizar la capacidad que demandan las necesidades de energía eléctrica.
- Unificar los medios de transporte de energía eléctrica entre las fuentes generadoras y los consumidores, mediante una red central de interconexión que asegure la integración total y la operación en conjunto de todas las instalaciones.
- Crear áreas de servicio que integren en distritos de consumo los centros urbanos y las áreas rurales tributarias, para poder distribuir la energía en forma extensiva al mayor número posible de consumidores.
- Además, realizar obras de electrificación regional y rural; desarrollar planes de utilización racional y conservación de los recursos naturales; y, llevar a cabo investigaciones económicas y tecnológicas para promover el incremento de la producción nacional.

Instituto Costarricense de Electricidad

Mi bastón alpino

Por Mario Alberto Jiménez

En mi niñez tuve para entretenerme muchos libros bonitos, pero ninguno me causó tanto placer como un viejo catálogo que rodaba por casa de la célebre manufactura fran-

cesa de Saint Etienne. Voluminoso, era como una biblia del deporte. Cuando lo descubrí, me apropié de él y todavía hoy figura entre mis libros favoritos. En la sección de ar-

mas había preciosas escopetas de todos los estilos. Los anzuelos en colores formaban también una colección fascinante. Para la cacería, el ciclismo, la esgrima, el canota-

ge, el alpinismo y todos los deportes, hasta el de la guerra, no faltaba apero. Aquel mundo de artefactos masculinos se completaba con vistosas estampas intercaladas fuera de texto, de perros de cacería, caballos y paisajes alpinos. Noche a noche me instalaba en la mesa del comedor a repasar una a una aquellas páginas tan incitantes a la aventura. Me hice grande y después de grande me hice viejo y nunca cacé leones en el África, ni escalé el Mont Blanc, ni galopé en caballos ingleses. Aunque de los más auténticos costarricenses, para desgracia mía no tengo el formidable temperamento deportivo de mis compatriotas. Si yo fuera un hombre fuerte acostumbraría ir todos los domingos al Estadio en automó-

nistración Soto; a doña Martha, dama bondadosa, inteligente y severa; oyendo los cuentos y hazañas de Ricardo (Martínez); las fantasías y exageraciones de Oscar; los sutiles comentarios de Margarita y la fogosidad bulliciosa de Claudia y Fernando. Con frecuencia, alrededor de la mesa había una compañera más: la *mutter*, la madre de doña Martha, una preciosidad de viejecita, producto neto de la encantadora Suiza alemana.

La figura central era siempre Ricardo Moreno: su inteligencia clara; su juventud sana; su prestancia, se imponían siempre. A mí me dominaba un complejo de timidez del cual no me he podido desprender jamás. Pero, ¡oh las cosas de la vida!... Algunos años después debía repetirse una escena similar a la de aquella mañana oscura y fría del mes de noviembre de 1911, en París: personajes, los mismos; teatro, Ginebra; papeles, invertidos.

Una tarde encuentro a Ricardo presa de una aguda crisis sentimental... "Yo regreso a Costa Rica o..." me dijo firmemente al verme. Y a mi turno, contestarle: tú no regresas a Costa Rica ni... nada; volverás cuando seas médico, antes no... Transcurridos algunos días de mucho invierno afuera y mucho invierno en el

alma durante los cuales no me separé de su lado, Ricardo reaccionó con esta frase: "Qué cobarde soy", y reanudó con el celo de siempre sus estudios. De la buena madre de Ricardo guardo una carta fechada el 25 de mayo de 1914, en la que sobrestimando mi adhesión a su hijo, me dice: "En la ciencia tuve fe para que reconfortara a Ricardo, ignorando que también le asistía el consuelo del corazón brindado por su amistad".

Muchos años después, cuando el dolor en forma cruel visitó el hogar de Ricardo —entonces médico— y sintió que las lágrimas discurrían abundantes por sus mejillas, de su pecho varonil brotó la misma sentencia: "Qué cobarde soy", y dejó, que sin exteriorizarse, la angustia royera sus entrañas.

Ricardo Moreno como "introverso" era capaz de concentrarse en sus estudios que lo hacían uno de los mejores estudiantes de la Universidad, haciendo caso omiso del mundo que lo rodeaba; y como "extroverso", procuraba los más agradables ratos a quienes en su compañía estaba y le permitía darse por entero a la amistad y a la patria con sacrificio de sus intereses, de su salud y de su vida.

Una noche, viene Ricardo a

mi casa con una cara más placentera que de costumbre. El doctor Espinoza, que estaba en Ginebra de paseo, lo había invitado a comer en el Hotel de La Paix, uno de los mejores de la ciudad y que nosotros conocíamos mucho... por fuera. Ricardo, para corresponder a la invitación quería que yo los acompañara. "Pero La Paix es muy caro", le argumenté yo. "No, me respondió Ricardo: almorzaremos en el mismo hotel donde yo habitualmente almuerzo", y en un modestísimo restaurante de la Rue Carouge, nos reuníamos al día siguiente el doctor Espinoza, Moreno y yo. Así era Ricardo: simple, natural, espontáneo, enemigo de artificios. Otros más vanidosos, o no devuelven al doctor Espinoza su invitación, o hubieran ido en busca de treinta francos para llevarlo al Hotel Inglaterra, que era superior al de La Paix. Recuerdo que el doctor Espinoza estuvo decididor y festivo en medio de obreros y estudiantes pobres en el restaurante de la Rue Carouge, a un franco el cubierto.

Ricardo acababa de obtener con las más altas notas que confería la Universidad, su diploma de Bachiller en Ciencias Médicas. ¿Para qué decir que tal éxito no despertó en él ni el más ligero sentimiento de vanidad? Poco tiempo después, un compañero suyo, af-

canzaba las mismas calificaciones para optar al mismo título; Ricardo entonces sacaba en hombros a su compatriota, manifestando una alegría que él mismo no había evidenciado al alcanzar éxito similar!

Sin embargo, Ricardo, joven correcto y estudiante modelo, estuvo a punto de ser expulsado de Ginebra, tan celosa del estricto cumplimiento de sus leyes. ¿La razón? Un día Ricardo, rumbo a la Universidad, sorprende a un fornido mozo ultrajando de palabra y hecho a una mujer, desconocida para él, pero una mujer. Ricardo se exalta y sin medir consecuencias, castiga severamente al cobarde. El asunto va a los Tribunales; y aún cuando Ginebra no tolera a un extranjero tales actitudes, el gesto era tan noble y desinteresado que las autoridades no solo lo perdonan, sino que congratulan al transgresor de sus leyes.

La guerra mundial puso término a nuestra vida de colegio, vida de congojas y pasajeras alegrías, de ilusiones y contrariedades. Ricardo salía para París a los hospitales de guerra donde al lado del eminente cirujano Desmaret, debía alcanzar la pericia que haría de él el primer médico de su patria, y pocos meses después salía yo para los hospitales de Lyon...

vil, por supuesto en el de un amigo, me instalaría cómodamente en la gradería de sombra y durante por lo menos dos horas, vociferaría emocionado por la suerte del equipo de mi frenesí, y talvez tomaría sorbitos a cuello de botella del guaro que hubiera llevado el amigo del automóvil o cualquier desconocido, que nadie es tan fraternal como los bebedores. Luego, de regreso, seguirían las libaciones por haber ganado o por haber perdido mis colores. En eso era muy sabio un obrero que me trabajaba. Cuando el equipo de Costa Rica se fue a lucir como de costumbre en no sé qué parte del mundo, mi trabajador se embriagó el mismo día de la partida y entre hipo e hipo me explicó que si los ticos ganaban había que embriagarse y que si perdían también había que embriagarse; lo único que él hacía era anticiparse al dolor o a la alegría. Como no soy deportista lo que acostumbro es irme los domingos a deambular cuesta abajo y cuesta arriba durante horas por las magníficas serranías del Sur de San José, La Carpintera o las montañas de Patarrá para bajar por Coris. Los hombres débiles no entendemos ni aguantamos eso de sentarse a contemplar a veintidós señores atletas disputándose una bola tan profesionalmente como un dentista puede sacar una muela o un notario redacta escrituras y preferimos las largas jornadas por los senderos montañoses bajo nuestros increíbles cielos azul gema y disfrutar de la no menos increíble orquestación silenciosa de los verdes de la Meseta Central o de los campos de Cartago. Qué lástima que el Veronés y el Tintoretto hubieran existido sin conocer los campos de Costa Rica. Decía mi tío Gonzalo, lleno de razón, que los mejores espectáculos son gratis. La naturaleza no cobra ni por sus amaneceres ni por su sol radiante ni por sus brumas, lo único que pide para regocijarnos es un poco de sensibilidad, esa sensibilidad que descuida tanto la escuela costarricense y que se acaba de arruinar en los estadiums y en las canchas como que ser sensitivo es indigno de hombres fuertes con

mentes sanas. Está todavía dudoso si nuestros futbolistas son los mejores del mundo. Lo que sí ha dicho la ciencia en forma definitiva es que nuestra flora es una de las más espléndidas del mundo, una de las maravillas del mundo. Eso lo saben, por ejemplo, los alemanes, pero los ticos no podemos saberlo si nunca se nos ocurre ir tranquilamente y con los ojos abiertos por nuestros valles, bosques y páramos. Para eso se necesita ser débil y hasta ser pobre a fin de no sufrir la dictadura del automóvil. El ambular en paz consigo mismo por los campos no deja de tener, sin embargo, sus peligros. No lo digo por aquella desbarrancada que me di cuando muchachito en los picos de San Miguel de Escazú y que me valió me trajeran a San José inconsciente amarrado sobre un caballo. No. El peligro mayor es que los compatriotas lo tilden a uno de loco. Hay que ver la cara de compasión que ponen los conocidos que pasan disparados en sus flamantes automóviles cuando tropiezan conmigo en algún trozo de carretera. Uno de ellos y que por entender mucho de pequeñas diferencias ha llegado muy lejos en la profesión de abogado, paternal me dijo un día: —Mira Jiménez, tú sales a pasear a pie con zapatos negros y eso te va a dar fama de loco. Si siquiera te pusieras zapatos blancos la gente diría que eres todo un deportista. Nada te cuesta cambiar. Te lo aconsejo.

Alegra mucho que la inmensa mayoría de mis compatriotas sean hombres fuertes que no necesitan practicar el consejo del sabio Alexis Carrrel recomendando no destruir el hombre primitivo que todos llevamos dentro y salir de vez en cuando a soportar fatiga, sol, polvo, viento y hasta el agua de uno que otro chaparrón. Digo que es de alegrarse porque así no echan a perder el paisaje con sus grandulerías como esos que el día de San José se congregan ritualmente en el volcán Poás y so pretexto de frío, ya no de pena ni de alegría, se embriagan y violan mujeres y queman los bosques vecinos tal como informa luego la prensa alarmada. Parte del encanto de

los caminos montañoses es su soledad sólo interrumpida de vez en cuando por el adiós amable de nuestro campesino que nunca pasa sin saludar o el adiosos prolongado, anónimo y tímido salido por el ventanillo obscuro de las casitas de adobe que los chacalines desde la tranquera corean repitiéndolo de mayor a menor como el glisado de una marimba. Adiosos señor. Adiosos señor. Adiosos señor. Adiosos señor...

Dió la casualidad que el año pasado me tropezara con un inglés que tenía el último catálogo de Saint Etienne. Me alegró. Me puse a ojearlo y di con un bastón alpino. Siempre había deseado tener un bastón alpino. Nunca satisfice el deseo y tal vez a eso se deba alguno de los muchos complejos que seguramente me adornan. Una vez quise que me lo hicieran aquí y todos los bastoneros nacionales me pusieron dificultades; ellos no podían hacer un bastón liviano y resistente de una sola pieza. Los

fabrican preciosos de maderas nacionales como souvenirs para los turistas pero no sirven para subir montañas. Lo más bueno del hallazgo era que el bastón alpino sólo costaba en el catálogo quince céntimos oro. Un precio increíble. Ni siquiera valía un colón de Costa Rica. Pocas veces se nos presenta la oportunidad de satisfacer tan barato un deseo reprimido desde la infancia. Quitarse una joroba espiritual por sólo un colón era realmente una ganga. Cualquier psicoanalista me lo habría aconsejado, previo pago, naturalmente, de veinticinco colones por la consulta. Al buen inglés no le interesaba el negocio. Cuál podía ser su comisión? Ni pidiendo cien colones se le aumentaba. Sin embargo, lleno de esa comprensión sajona por los que suben montañas y bajan barrancos, complaciente me ofreció hasta enviar el pedido por correo aéreo. Pediríamos dos bastones alpinos. El otro le podía servir a mi hermana. Pasaron los días in-

GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

El Presidente don Jesús Jiménez

Por Cleto González Víquez

(Carta enviada por el autor a don Joaquín García Monge, leída en el Salón de Actos de la Escuela Normal de Costa Rica la noche del 15 de Setiembre de 1917).

Mucho le estimo que me haya brindado la oportunidad de hablar —siquiera sea de modo breve— de la figura, cada día más luminosa y erecta, del Primer Presidente Jiménez. Y se lo agradezco porque, habiendo sido yo uno de los que con mayor espontaneidad y entusiasmo promovieron y lle-

varon a feliz término la idea de levantar un monumento a su memoria, deseaba exponer alguna vez, por mi propia cuenta, las causas que, a mi entender, abonaban aquel acto de justicia.

Una de las palabras inscristas en el pedestal de la esta-

tua que guarda Cartago es la de ESCUELAS. ¿Por qué se esculpió ese vocablo como uno de los justificativos del homenaje a que aludo? ¿Qué hizo el Presidente Jiménez en pro de la institución popular?

Las nuevas generaciones tal vez no lo hayan aprendido y

dispensables y el señor inglés con toda puntualidad me avisó que los bastones de montaña se encontraban aquí. Los franceses no se quedaron atrás del carácter británico y se habían dignado atender la misera orden de treinta céntimos oro, pero el señor inglés me pedía instrucciones; en la aduana de Costa Rica se presentaban dificultades: por desalmacenar el paquete había que pagar más de ₡ 100.00. A pesar de que ya estamos acostumbrados a las bromas del arancel de nuestros estadistas proteccionistas aquello parecía una equivocación evidente y decidí, en calidad de abogado, ir a sacar yo mismo mi bastón alpino. Inútil. Cien colones para el Fisco o no había bastón alpino. De nada sirvió alegar que no se trataba de un bastón común sino de un artículo de deporte y que como tal debía ser aforado con moderación ya que en Costa Rica el deporte es lo único inviolable. Nada. No siempre le ayuda a uno la condición de abogado. Cómo pretendía yo hacer alpinismo en Costa Rica si lo que tenemos aquí son los Andes? Mi argumentación oía a tinterillada fácil. El aforo es energicamente proteccionista de la industria costarricense la cual nunca ha pensado en hacer un bastón alpino ni un

bastón andino. Un bastón de montaña europeo es una simple rama de fresno doblada en un extremo al vapor para formarle el mango y con un clavo fuerte en la punta que ayuda a hundirlo en la tierra.

Francia es el país de la razón y a ningún compatriota de Descartes se le puede ocurrir el absurdo de que en alguna parte del mundo un artículo insignificante que sólo vale quince céntimos tenga que pagar cien colones de aforos y creyendo hacer una gracia preservaron mis bastones en una fortísima caja de pino larga como un ataúd. Naturalmente, también el peso del embalaje pagaba como bastón de lujo. Un distinguido personaje se enteró del asunto e intervino en mi favor y luego otros y otros. Alguien propuso recurrir al NAUCA. Y vino el NAUCA. Para quien no lo sepa, NAUCA significa NOMENCLATURA ARANCELARIA UNIFORME DE CENTROAMERICA. Ya es de suponer que se trata de un libro monumental y decisivo. La venerable obra, precursora de la unión centroamericana prevé los bastones de sport y para definirlos da como ejemplos, los de polo, de golf, criquet y sin mencionar los de montaña termina con el consabido et-

cétera. Me pareció correcto alegar que en ese etcétera estaba lógicamente comprendido mi bastón. Nuevo fracaso. El inflexible funcionario replicó que con la misma razón con que yo lo tenía por incluido él lo tenía por no incluido. En esas me llegó de refuerzo un alto funcionario enviado de otra dependencia superior que venía a estudiar el caso. Por dicha se trataba de un contemporáneo mío el cual comenzó por atestiguar que a él le constaba que a mí si me gustaba realmente caminar porque varias veces con extrañeza me había visto trotando por los caminos. Esa declaración estableció en favor de mi honradez la presunción de que por los antecedentes yo no iba a usar el famoso bastón ferrado para ir a palacio o a misa. Después de largo deliberar se llegó a una transacción: yo pagaría treinta y siete colones cincuenta céntimos como derecho de aduana pero eso sí, me comprometía solemnemente a dos cosas: primero, a que nunca volvería a importar un bastón alpino. Segundo, a que no contaría a nadie la benevolencia con que me habían tratado al considerar el bastón de montaña entre los etcéteras de los bastones de sport del NAUCA. Todavía vacilé, pero como había

las viejas quizá lo hayan olvidado. Bueno es en todo caso, siguiendo la idea de usted, decirlo ahora a las unas y a las otras; bueno es que siquiera en un momento dado y en un círculo aunque sea pequeño, se abone uno de sus mayores merecimientos al hombre probo que gobernó a Costa Rica por dos veces, aunque sus dos períodos no llegasen en todo más que a cuatro años y medio.

Digamos, ante todo, el estado de la instrucción pública en Costa Rica antes de 1869, y perdone usted, que para mostrarlo más a lo vivo, cite papeles empolvados y acuda a cifras de estadística.

El censo de 1864 —el más fidedigno de cuantos se han levantado entre nosotros— no da el número de analfabetos de toda la República; da ape-

intervenido tanta gente distinguida pagué y yo mismo me eché el ataúd al hombro para llegar cuanto antes a la oficina donde mis amigos intrigados por conocer el primer bastón alpino habían esperado impacientemente tres días. Se abrió el fuerte ataúd y resultó que los dos bastones de que constaba el pedido, sólo uno había llegado. A los franceses se les olvidó poner el otro.

De mi palabra dada cumpliré toda la vida la parte de no pedir al extranjero otro bastón ni tampoco ninguna ganga que en un catálogo se ofrezca por quince céntimos oro. En cuanto a contarle no se me juzgue mal por infringir mi palabra. Ruego tomarlo como una colaboración para la industria nacional. Contándolo tal vez a nadie se le ocurra la misma mala idea de pedir a Europa otro bastón alpino.

La historia es banal, pero revela el raro concepto que del sport tenemos por aquí y muestra también la ferocidad de nuestro Arancel de Aduanas proteccionista hasta de lo que no se fabrica en el país y que como todo lo despiadado es injusto.

San José, Junio de 1959

nas el de las ciudades cabeceras de provincias. Según éstos, la proporción de varones que no sabían leer y escribir era en San José 57%; en Cartago 70%; en Heredia 30% (motivo de orgullo para mis comprovincianos); en Alajuela 66%; en Liberia 90% y en Puntarenas 64%.

La proporción de mujeres que no sabían leer y escribir era en San José 77%; en Cartago 84%; en Heredia 87% (motivo de pena para mis comprovincianos); en Alajuela 83%; en Liberia 85% y en Puntarenas 80%.

La proporción general era en San José de 68%; en Cartago y Heredia 79%; en Alajuela 75%; en Liberia 85% y en Puntarenas 72%.

En los campos debía exceder el analfabetismo del 90%; y así, no creo aventurado afirmar que en todo el país un 10% escaso sabía leer y escribir.

Y esto era ya un relativo progreso.

En 1858 el Ministro Doctor Toledo aseguraba oficialmente que por cada doce varones y por cada una mujer que sabían leer y escribir había cien varones y cien mujeres que no lo sabían. La proporción es sencillamente horrorosa. Casi 94% de analfabetismo.

Otro no podía ser el resultado, a juzgar por el número de escuelas y alumnos existente.

El Ministro Calvo en 1857 refiere que en la provincia de San José había solamente 10 escuelas públicas con 400 alumnos (no hay que olvidar que San José tenía de otro lado la Universidad y varias escuelas privadas); en la de Cartago 8 escuelas, públicas y privadas, con 231 alumnos; en la de Heredia 14 ídem con 1000 alumnos; en la de Alajuela 6 con 390 alumnos; en la de Guanacaste 2, con 65 alumnos y en la de Puntarenas 2, con 100 alumnos.

Todavía en 1868, la situación era tristísima. El Minis-



PELIGRO DE MUERTE

Causada por tétano y otras enfermedades
Infecciosas

DEPARTAMENTO DE PREVENCIÓN DE RIESGOS del



Instituto Nacional de Seguros

(Viene de la pág. 13)

tro Volio dice, para pintarla ante el Congreso: "Baste saber que las escuelas de esta provincia continúan cerradas en todos los cantones y distritos, a excepción de la escuela central y de párvulos de esta ciudad, para deducir lo que en otras partes ocurrirá".

Comparemos ahora las cifras que suministra el censo de 1892: en la ciudad de San José sabían sólo leer 20%; sabían leer y escribir 38.98%.

En la ciudad de Cartago sabían sólo leer 11.50%; sabían leer y escribir 16.83%.

En la ciudad de Alajuela sabían sólo leer 10.09%; sabían leer y escribir 20.17%.

En la ciudad de Heredia sabían sólo leer 15.42%; sabían leer y escribir 27.81%.

En la ciudad de Liberia sabían sólo leer 14.65%; sabían leer y escribir 19.08%.

En la ciudad de Puntarenas sabían sólo leer 7.05%; sabían leer y escribir 16.55%.

En todo el país sabían leer únicamente 28.208 habitantes (el 11.60%) y sabían leer y escribir 48.215 (o sea el 19.82%).

Para que una vez más se aprecie el salto habido en los años que siguieron, haré notar que en el citado de 1892 la asistencia a escuelas era el 4.70% de la población general, en tanto que en 1914 pasaba del 7 y que en la actualidad debe aproximarse al 8%

¿Causas de tan notable transformación?

Conforme a las leyes que rigieron desde los comienzos del régimen republicano, la enseñanza primaria era carga municipal. Decir eso, sabiendo que aun hoy día es casi un axioma que los municipios costarricenses carecen de medios hasta para lo más imprescindible, equivale a decir que no había en realidad de verdad, ni podía haber escuelas permanentes, organizadas y administradas con un método definitivo y persistente. Los jefes de familia, es verdad, po-

dían haber suplido la deficiencia municipal; mas sólo en los centros de importancia podían poner escuelas privadas, pagando no siempre con dinero sino hasta con comestibles, al maestro, por lo común de una ignorancia supina, para que enseñase a cancanear, a escribir malamente, las cuatro reglas y algo de catecismo.

La Universidad de Santo Tomás, creada en 1843, aunque un error evidente por lo prematuro de su erección en un país tan minúsculo, que no contaba ni con escuelas ni con colegios, sirvió con todo para impulsar la enseñanza, ya que una parte de sus fondos no abundantes se consumió durante algunos años en ayudar al mantenimiento de escuelas y de una que otra cátedra de latín y castellano.

Había en esos tiempos otro formidable adversario de la expansión escolar: la escasez de brazos, que hacía que los padres de familia prefiriesen utilizar el trabajo de sus hijos en las faenas domésticas y en sus empresas. Eso era más positivo y más práctico, en concepto de los campesinos y aun en el de muchos otros que por residir en las ciudades y tener más roce cultural, debían afanarse por procurar a sus familias el pan de la educación. Y nadie o muy pocos sentían vergüenza de no saber leer y escribir, por ser ese el fenómeno corriente.

Urgía remediar en lo posible la condición de la enseñanza popular, y en 1858 lo intentó el Gobierno de Mora, por medio de una ley en la cual, a más de otorgar a cada municipalidad provincial dos leguas de tierra y de cederles el rendimiento de las multas, se declaró **obligatoria la educación en todas las clases de la sociedad** y se impuso a todo el gravamen de contribuir para sostenerla. Mas esa ley, no obstante su recto propósito, no produjo resultados tangibles. No bastaba en efecto que la educación fuese obligatoria; era forzoso, para propagarla, que se creasen planteles de enseñanza en cantidad suficiente.

La situación no varió, de

modo radical, sino cuando la Constituyente de 1869 vino a disponer que la enseñanza primaria, además de gratuita y obligatoria, fuese costeadada por el Estado.

Y de ahí el título de gloria del Presidente Jiménez. Esa medida indicada y reclamada desde hacía varios años por agentes que se ocupaban de la enseñanza, fue acogida por él e incorporada en la Nueva Carta Fundamental; y aunque condenable en estricta teoría, fue la que permitió el establecimiento efectivo de las escuelas en Costa Rica, en donde, por vicios de raza y de educación, la iniciativa individual es casi nula y la vida municipal hartamente anémica.

El resultado de tal innovación fue que, así como según el apotegma moderno, el buque crea el flete, así, habiendo efectivamente escuelas, la enseñanza comenzó a difundirse y a existir en verdad, más o menos floreciente y pujante, según el grado de calor de las Administraciones que se han sucedido.

Especialmente comenzó en seguida a educarse a la mujer costarricense, cuyo profundo atraso hemos visto en el censo de 1864. No se le atribuía ninguna importancia, y así notamos que Heredia, la provincia más acuciosa por la formación de varones, era la que ofrecía peores cifras en cuanto a la del bello sexo.

La enseñanza, no obstante el aliento que le infundía esa medida salvadora, tenía que ser muy imperfecta, si no se ponían en práctica todos los medios llamados a asegurar su eficacia. El Presidente Jiménez, estadista superior, comprendió que escuelas vendría habiendo cómo pagarlas, pero que no serían sino mediocres en sus efectos, si no se encargaban a maestros competentes. Y de ahí la idea complementaria de fundar una Escuela Normal en donde se pudiesen formar preceptores idóneos y en donde pudiese observarse la aplicación de los sistemas y métodos de enseñanza. El decreto de 10 de noviembre de 1869 la estableció en San José, cuando ya esta-

ba contratado su Director señor Romero.

La Memoria que ese año presentó al Congreso el Ministro de Instrucción Pública, don Agapito Jiménez, después de informar que nuestro Plenipotenciario en Europa, don Julián Volio, había sido comisionado para contratar un "Director ilustrado, de recto juicio y sólida piedad para la Escuela Normal", agrega: "Ha de ser ésta un verdadero plantel de maestros, que el Gobierno se cree obligado a cultivar; un establecimiento donde deben formarse los hombres destinados a difundir más adelante la instrucción primaria en toda la República, recibiendo ellos mismos el saber que necesitan y aprendiendo a corregir su propio carácter para enseñar y corregir después a sus discípulos.

"Si la instrucción primaria que ha de darse por cuenta del Estado no ha de ser sólida, real, positiva y no frívola e insustancial, preciso es que haya verdaderos profesores que sepan distribuirla; y como no los hay, al menos en número suficiente, deben formarse. Sin embargo el Gobierno no hará esperar la educación de los maestros para plantear las escuelas, porque no debe permitir que los niños de hoy crezcan en la absoluta ignorancia; y ocupará mientras tanto a los más aptos de los que quieran consagrarse a la enseñanza, procurando que ellos mismos adelanten en la carrera que abracen, por las instrucciones de Directores competentes, que deberán establecerse en todas las provincias, como se propone en el plan de ley de bases que os he recomendado".

Lo que llevamos dicho pone en evidencia que el Gobierno de 1869 sabía lo que traía entre manos y que quería, una vez atendida la enorme dificultad de los fondos, organizar de modo serio todo el ramo de la enseñanza primaria. Fundar escuelas y hacer maestros: tal fue el propósito primero del Gobierno. Difundir la enseñanza elemental y hacerla por el órgano de gentes capaces y preparadas para que resultara sólida y eficaz: tal fue su finalidad inmediata. Hacer un pueblo culto y pre-

pararlo para que construyera conscientemente su propia felicidad: tal fue su finalidad última.

Mas no sólo por la primaria trabajó el señor Jiménez. Se propuso asimismo establecer la secundaria en forma satisfactoria, y al efecto hizo venir un cuerpo de profesores, que contrató en España, por medio de don Melitón Luján (antiguo Cónsul español en San José) y abrió el Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago, instituto provincial cuya creación estaba ordenada desde 1842. El país entero sabe que vino entonces el venerable Maestro Doctor Ferraz, y sabe también que por las aulas de ese Colegio, que aún perdura, desfilaron miles de jóvenes costarricenses y de otras nacionalidades, muchos de los cuales han figurado en primera línea en todas las esferas de la actividad. Ese Colegio —que no puedo recordar sin sentir una dulce emoción, como que trae a mi memoria los días felices de mi adolescencia—, fue el primero que se constituyó en Costa Rica en edificio adecuado, con un cuerpo completo de profesores, con suficientes recursos y con un plan fijo y metódico de instrucción.

La nueva orientación de la instrucción popular, que imponía el reciente precepto constitucional y que obligaba además a la creación de colegios, exigía un retoque general de los estatutos universitarios. El Gobierno lo decretó, así como una ley general de instrucción pública que armonizase todos los planteles educativos. Uno de los puntos salientes de la legislación de ese año en esta materia fue el de asegurar a los maestros de carrera sus puestos, que adquirirían después de oposición, y el de concederles no sólo ventajas, como la de exención del servicio militar, sino también premios y recompensas, según el éxito de su trabajo profesional.

El señor Jiménez, pues, abarcó en sus proyectos de creación y reforma toda la enseñanza.

Por eso, desde 1900, en un estudio que escribí acerca de Municipalidades, expresé este parecer: "El Gobierno Jiménez fue revolucionario en tan importante materia; pero le dedicó tanto empeño, procuró tanto que el país mejorara en ese sentido que, sin faltar a la verdad, puede considerársele como el verdadero fundador de la instrucción pública en Costa Rica".

Aún persisto en esta opinión.

Bien sé que ese título se le atribuye por las nuevas generaciones al que con razón han dado en llamar EL MAESTRO. Ello obedece a lo que dije antes, esto es a que, aunque nuestra historia es corta, aún está por escribir; y así los jóvenes no están enterados, o no lo están bien, de los sucesos de otros tiempos, que va ocultando y cubriendo la pertinaz e invasora yedra del olvido. Apenas si se conocen **grosso modo** los acontecimientos políticos de gran bulto. De la organización y marcha económica y financiera, del desarrollo de la agricultura y del comercio, del movimiento de las industrias, de la transformación sucesiva de las instituciones, del proceso evolutivo de la enseñanza y de las ideas, en fin de lo que es hoy tenido como aspectos más importantes de la historia, poco se estudia y por lo tanto mucho se ignora.

Lejos de mi ánimo desconocer los altos merecimientos de nuestro recordado don Mauro. ¿Cómo podría desconocerlos, ni por qué había de desconocerlos quien fue su admirador y su amigo? El trato íntimo

que con él tuve en las épocas de vida política y profesional, en que caminamos brazo a brazo, el cariñoso afecto que me dispensó y el respetuoso afecto que le profesé, serían parte más bien para sentir, como siento, íntima satisfacción en proclamar sus méritos y en realzar el nimbo que orla su simpática figura.

No, don Mauro tiene sobrada gloria para que vayamos, por ensalzarlo, como es de justicia, a amenguar y menos a negar la de quienes le precedieron. Don Mauro, no fue el fundador, pero sí el reorganizador de la enseñanza primaria y secundaria, y eso es ya por sí solo ejecutoria para que su nombre quede eternamente unido al de esta amada Costa Rica.

No; Jiménez y Fernández no se hacen sombra el uno al otro. Más que rivales son dos aliados que colaboraron a distancia por el bienestar común. A **ambos** comprendieron que pueblos modernos gobernados democráticamente, no pueden vivir en la ignorancia, porque ésta trae como acompañante necesaria una perpetua tutela; y ambos anhelan llevar la antorcha de la instrucción a todos los ámbitos de la República y hacer por este medio, ciudadanos útiles y participantes conscientes del gobierno.

Son ellos dos, sin duda alguna, los que más bien han hecho en beneficio de la enseñanza popular, sin que por eso sea permitido desconocer que, dichosamente, todas las administraciones habidas han mirado este ramo con marcado interés y a veces con particular predilección.

La diferencia entre estos dos esclarecidos **estadistas** consiste en que don Mauro, más afortunado que su antecesor, fue con calma corrigiendo y puliendo su obra y saboreando sus frutos; en tanto que el señor Jiménez, apenas echados los cimientos de su vasto plan, fue derrocado violentamente del Poder y apartado del manejo de los negocios públicos, al cual jamás quiso volver aunque solicitado en varias ocasiones. Las decepciones corrientes, iba a decir naturales, de quien se ha hallado al frente de un gobierno del tipo del nuestro, depositaron en su corazón tal sedimento de amargura que, no pudiendo sentir estima por sus conciudadanos creyó más sabio retirarse de su trato y abandonar casi totalmente el **mundanal ruido**.

Con todo, si otras causas no hubiera para recordar su nombre, con grata veneración, el solo hecho de haber impartido nueva y fecunda vida a la instrucción pública nacional, obliga a Costa Rica a contarlo entre sus bienhechores e hijos beneméritos.

Pero si realizó el Presidente Jiménez otras empresas de grande alcance para el progreso de su país.

Apenas las mencionaré, porque esta carta va tomando mucha extensión, y he tocado ya el punto concreto sobre el que usted me ha pedido un comentario.

Escuelas y Caminos: tal es la síntesis de la gestión del señor Jiménez. Es decir, sembrar en los jóvenes espíritus la instrucción, sobre que se apoya y funda el progreso moral e intelectual, y fomentar vías de comunicación, que alimentan y vivifican el progreso material y la riqueza pública.

El Presidente Jiménez sintió orgullo en preparar y mantener como para coche la carretera que unía a la vieja capital con el activo puerto de Puntarenas, entonces arteria única del comercio importador y exportador y se afaná ade-

ESCUELA DE RELACIONES PUBLICAS EN COSTA RICA

Desde agosto de 1958 ha estado trabajando, en San José, la Escuela de Relaciones Públicas fundada por el periodista D. Gabriel Solera. En estos días está ofreciendo matrícula para el curso de Relaciones que dura 4 meses. Lecciones lunes y viernes.

Los informes se obtienen por el teléfono J-6267.—

más por abrir el suspirado camino al norte, desideratum de todos los mandatarios habidos y en especial del gran Carrillo. Escogió el puerto de Limón como punto terminal de la vía y puso las primeras bases de esta importante población. Hizo venir dos ingenieros americanos para el estudio y localización del camino y empezó a construir la carretera, con la ayuda del Director de Obras Públicas don Francisco Kurtze, hombre de larga experiencia y de extensos conocimientos. En su segunda administración contrató con un grupo de capitalistas americanos un ferrocarril interoceánico por el precio alzado de diez millones de dólares.

Fundó otra institución de beneficios incalculables: el Registro Público bajo el método prusiano. No he de encarecer la importancia de este centro, piedra angular de nuestro régimen de propiedad raíz, porque el gran público se da cuenta cabal de ella.

En el orden político, hay algo de que los jóvenes no pueden tener cabal idea y que debemos los ciudadanos costarricenses asentar al haber del señor Jiménez. —Aniquiló el pretorianismo—. Después de 1869 hemos tenido mandatarios de tipo militar y que han gobernado sin importarles un ardite la opinión pública, pero ya los jefes titulares del gobierno mandaban de veras y hacían su santa voluntad, sin tener que bailar en una cuerda floja, humillante y vergonzosa. El Presidente Jiménez puso fin al sistema que imperó aquí por largos años y ya no fue fácil que la suerte de los presidentes estuviese a merced de la rivalidad o inteligencias de los comandantes de cuartel. La fuerza militar desde entonces ha estado bajo la dirección del Jefe del Ejecutivo, y para deshacerse de un gobierno ha tenido que echarse encima una responsabilidad directa.

En lo internacional no hemos de olvidar el episodio de 1865, o sea el asilo concedido al General don Gerardo Barrios. Ocioso sería traer a cuento los detalles de un suce-

so de tamaña magnitud, que ningún centroamericano ignora. Baste recordar que en esa ocasión, el Gobierno de Costa Rica mantuvo el principio de hospitalidad que hacía de esta tierra un refugio seguro para todos los emigrados centroamericanos, y acogió a un hombre ilustre, perseguido y acusado por la cuádruple alianza, prefiriendo, antes que violar las tradiciones y rechazarlo del suelo nacional, exponerse a la lucha con las demás repúblicas de Centro América, tres de las cuales cortaron con nosotros las relaciones oficiales y de comercio.

El Presidente Jiménez, en un consejo inolvidable, impuso su criterio y nuestra bandera no sufrió ningún desdoro en tan crítico minuto. ¡Cuánto contrasta esta noble y generosa conducta con la que observó nuestra vecina al entregar al mismo General Barrios, caído en su poder por arribada forzosa, para que el odio implacable del indio Carrera, heredado en esos días por el Mariscal Cerna y la hipócrita crueldad del Fraile Dueñas llevasen al patíbulo al entonces caudillo del Unionismo!

Tales son los eminentes servicios que prestó el Presidente Jiménez.

Fue además de una corrección inmaculada en cuanto a manejo de caudales; y en el juicio de residencia que intentó seguir contra él la Convención Nacional de 1870, integrada por enemigos suyos, los más rabiosos, no encontraron ni sombra de méritos para una acusación fundada de peculado o de malversación: los capítulos de cargo fueron de orden político especialmente. La honradez del señor Jiménez, podía resistir la más escrupulosa investigación, pero era poco piadoso cebarse en un hombre caído y así el juicio resultaba injusto e impopular. Tanto que el General Guardia, en parte por magnanimidad, que sí tenía, en parte por dar campo a sus proyectos ambiciosos y en parte también por satisfacer a los pueblos indignados, disolvió aquella convención, que locamente trataba de parodiar a la francesa y

absorber todos los poderes.

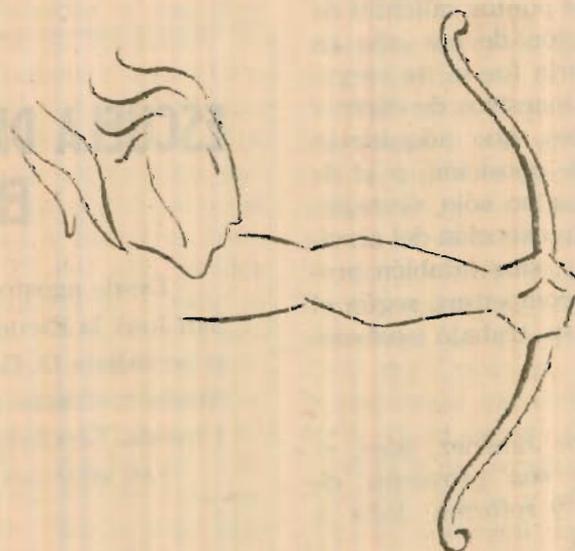
Que el Presidente Jiménez disolvió un Congreso, que sacó a un diputado del recinto legislativo y que en general fue gobernante de puño cerrado! Cierto es, pero tales cargos, aunque no pueden justificarse, sí deben encontrar excusa ante la posteridad. Los tiempos eran de organización, las costumbres de humildad y mansedumbre en los gobernados y de dureza e imperio en los gobernantes, y el concepto de autoridad tenido muchos codos por encima del de libertades y garantías. Los ejemplos habidos antes no eran por lo común para exigir en el Ejecutivo un severo respeto de la ley constitutiva. Aun después pocos son los mandatarios que pudieran tirar al señor Jiménez la primera piedra. La libertad no ha sido planta que haya arraigado honda y definitivamente en nuestro suelo, y la ha habido cuando los Presidentes, por sus convicciones y carácter, han permitido que exista y brille. Pero la libertad no será efectiva sino cuando los pueblos no se contenten con recibirla como merced, sino que la reclamen y amparen como propiedades. Hubo unos cuantos años en que pudimos creer consolidadas entre nosotros las de prensa, de reunión y de sufragio. Pues si hoy no lo están todavía, cuando está propagada la instrucción, cuando los ciudadanos conocen sus deberes y derechos, cuando se ha predicado por elocuentes tribunos en todas las plazas públicas y se han ofrecido y

prometido en todos los tonos a cambio de votos, cuando el gobierno democrático amplía su radio de acción a mundos que parecían perpetuamente destinados a ser presa de la tiranía ¿cómo hemos de marcar la frente de los que nos gobernaron hace medio siglo o más con el estigma de autoritarios?

A los mandatarios de esa época lejana pidámostes que nos hayan dejado obras de sustancia, que nos hayan legado ejemplos de patriotismo, que nos hayan enseñado lecciones de honradez. No les exijamos que gobernaran con las ideas y con las aspiraciones de hoy.

Fundado en estas consideraciones, no siento escrupulo alguno para invocar el espíritu del acusado y decirle, en nombre y como parte de las actuales generaciones, que afean tantas culpas y que son ya para él, los albores de la posteridad; con la balanza de la justicia en las manos y ante la imagen agradecida y piadosa de la Patria: —PRESIDENTE JIMENEZ, por tus capitales obras de progreso, por tu acendrado amor a Costa Rica, por tu pureza administrativa, por tus otras excelsas virtudes públicas y privadas, de esos pecados que te echan en cara **ego te absolvo.**

Tomado de DOS PROCERES, por don Cleto González Viquez y don Pedro Pérez Zeledón. Publicación de la Escuela Normal de Costa Rica. Imprenta Nacional, 1918.



Joyce cuenta su vida de escritor

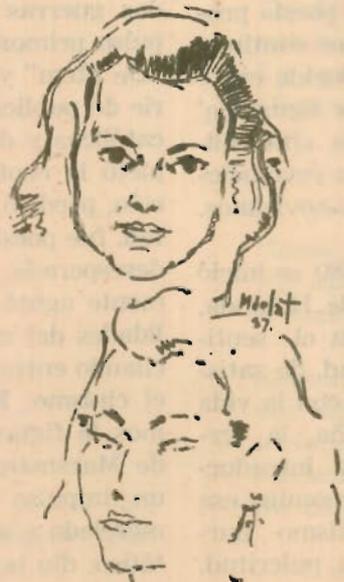
Pocos escritores han rehuido la fama con tal persistencia como James Joyce, y pocos también han adquirido en vida el prestigio de que gozó en los círculos culturales de Europa y América. Su juvenil pedantería, transformada luego en un orgullo apenas doblegado por los sinsabores provenientes de las dificultades económicas, le otorgó el sitio pretendido desde que se inició en el oficio literario. No fueron menos efectivas para realzar su gloria las encarnizadas persecuciones legales a que sometieron sus escritos los encargados de defender la tranquilidad espiritual de las familias decentes. Vieron en el "Ulises" de Joyce mucho menos de lo que su autor quiso decir en esas páginas, pero solo animó la curiosidad de los abogados los remansos obscenos que adornan el libro, de tan ingrata lectura para quienes aún el desprecio por las letras y el resentimiento contra los espíritus que en ese campo realizan sus mejores esfuerzos.

Es célebre la sentencia que al respecto dictó el juez Woolsey, el 6 de diciembre de 1933, al levantar en los Estados Unidos la prolongada prohibición del libro. "Marca un punto decisivo y es un golpe para los censores —escribe Morris Ernst—. La necesidad de hipocresía y circunloquios en literatura ha sido eliminada. Los escritores no necesitan ya buscar refugios en eufemismos. Pueden ahora describir las funciones humanas sin temor a la ley". El juez analizó los cargos de obscenidad con una inteligencia nada común en los profesionales de la ley escrita, y con el rigor de una sentencia predestinada

a ser ejemplo en el futuro concluyó que la novela podía ser admitida en su país. "Ulises" —dice ese texto—, no es un libro de fácil lectura. Es brillante y aburrido, inteligible y oscuro alternativamente. En muchos muchos pasajes me resulta desagradable; pero aunque contiene muchas palabras consideradas vulgarmente sucias, no he hallado nada que denote complacencia en tal suciedad. Cada palabra del libro contribuye como un trozo de mosaico al detalle del cuadro que Joyce está tratando de ofrecer a sus lectores". El escándalo ayudó a que el nombre de Joyce sonara en oídos alejados del arte y resultara victoriosa la terquedad del escritor que, sin llegar a despreciar el mundo, sabía navegar en los deleites cerrados del monólogo de su vida interior.

Pero en Joyce no sobresalen las intenciones obscenas que descubrieron tan oportunamente sus delatores, sino un "nihilismo infernal" que al-

canzó la cima tanto en "Ulises" como en "Finnegans Wake". Es el escritor cuya crisis deriva directamente de la época en que vivió; el escéptico a quien solo ofendía la realidad inmediata; el hombre que confundió el matrimonio con el amor; el irlandés que, sin dejar de serlo, abandonó su tierra y prefirió el destierro. "Fue —escribe Jean Paris—, en el pleno sentido de la palabra, un espíritu libre y muy celoso de su independencia". No resulta extraño que tan extrema individualidad, hermética en lo que atañe a la solidaridad humana, desdénara en las conversaciones aquellos temas que apasionan a los hombres corrientes. Un amigo suyo, con quien compartió durante años infinidad de veladas, explica que nunca oyó de labios del gran novelista una sola palabra sobre política y políticos, ni acerca de Abisinia, España, China, el Japón, ni sobre el desarme, las asambleas internacionales, todas esas realidades que "no igualaban al poder de su sueño".



Acaso su sueño fuera la nada, o acaso, como lo señaló T. S. Eliot, fuera recrear el mundo, apartar al hombre de la historia y adivinar, detrás de los acontecimientos, el ordenamiento universal. Porque la historia, tal como la aprendimos y la contemplamos, "no es otra cosa que la crónica del infierno, de un infierno contra el cual la mejor defensa sigue siendo el escepticismo, la prudencia y el humor". En otras palabras, eludir lo ineludible fue para Joyce su predilecta actitud vital. Lejos del combate, recogido tras los muros de su conciencia, amistoso con los millonarios que lo admiraban hasta el extremo de tenderle la mano, emigrando de todo menos de sí mismo, en la soledad elaboró, con un rigor técnico nunca antes dispensado por ningún otro escritor, una obra literaria que ha sido considerada desde el momento de aparecer como un milagro en la historia del arte occidental. Desde "El retrato del artista adolescente", su talento se conformó con una misantropía desembocada en el soliloquio y con una concepción del tiempo solo presentida en Marcel Proust. La lentitud antiperiodística de Joyce, sometida al monólogo y deslizada en las alteraciones y juegos de palabras, fue poco a poco señoreando sus escritos hasta anegar con una corriente de eternidad el calculado movimiento de sus personajes.

La exposición de todos esos aspectos y muchos más, está admirablemente hecha en "James Joyce, por él mismo", de Jean Paris*. Con los textos del escritor irlandés, sabiamente hilvanados, y mediante descripciones, explicaciones e interpretaciones, Paris hace ver la gran figura dentro de las márgenes de su grandeza literaria, sin eludir la valoración de sus características humanas. Libro útil por todos conceptos, su lectura enseña al que sabe, y suscita la curiosidad del que no se ha acercado todavía a ningún texto de James Joyce.

* JEAN PARIS: "James Joyce por él mismo". Escritores de Siempre.

La poesía holandesa contemporánea

Por Gerardo Valencia

Para los pueblos de habla española la poesía holandesa es casi completamente desconocida. Por eso reviste singular importancia la publicación que acaba de hacer "Ediciones Rialph", de Madrid, de un pequeño volumen antológico de poesía holandesa contemporánea, con traducciones y prólogo del escritor español Francisco Carrasquer.

El señor Carrasquer ha vivido muchos años en Holanda y está por lo tanto en capacidad de darnos no solamente una valoración bastante exacta del conjunto de la poesía holandesa, observando sus características y apreciándola de acuerdo con el ambiente y las modalidades del pueblo holandés, cosa que hace en el interesante prólogo que escribió para su antología.

La versión de poemas holandeses al español presenta no pocas dificultades y frecuentemente el traductor corre el peligro de desvirtuar la índole de la poesía original, al adaptarla a modos y estilos propios de la lírica española, que no se compadecen con el carácter muy especial de los poetas de Holanda. El autor de la Antología que comento, observa con razón, que la poesía holandesa es esencialmente antirretórica, y es tal vez ésta, a más de la diferencia idiomática, la causa de la dificultad de dar una versión española que, siendo fiel, no mate la poesía original. No obstante estas dificultades, el señor Carrasquer ha logrado un conjunto de traducciones que, sal-

vo algunos reparos que pudieran hacerse en cuanto a la fidelidad de algunos versos, ilustra bastante bien al lector de habla hispana sobre la índole de los poetas escogidos por él para darnos una visión de la poesía holandesa contemporánea.

Poesía original, sugerente, introvertida, fuerte, que niega, en cierto modo, la índole aparente del holandés, "enrevesado en su interioridad, como sencillo en su conducta", según anota sagazmente Carrasquer en el prólogo.

Es difícil señalar un límite a las generaciones para fijar lo que debe entenderse por poetas contemporáneos, no obstante que en Holanda las diversas promociones han representado en más de una ocasión un verdadero rompimiento con lo tradicional, una sucesiva renovación de temas y de espíritu. Tal vez el año de 1940 pudiera ser el punto de partida para la poesía propiamente actual, que continúa la renovación producida entre las dos guerras por figuras que participan ya de la alta calidad y la expresión revolucionaria de los poetas-novísimos.

En el año de 1880 se inició en la Literatura de Holanda, la reacción contra el sentimiento de seguridad, de satisfacción, de deleite con la vida apacible y hogareña, la "gezelligheid", palabra intraducible, con que se denomina esa especie de sensualismo burgués, basado en la pulcritud, el orden, la posesión sin sobre-

saltos de la felicidad alcanzada.

Esta virtud nacional, que puede serlo como expresión colectiva de madurez y de orden social, no favorece la creación literaria. Si en las artes plásticas el holandés logró reflejarse maravillosamente en la pintura de interiores, en los retratos admirables, en la representación amorosa de los objetos domésticos, en la poesía esa mentalidad burguesa no podía producir nada que lograra impresionar la sensibilidad de otros pueblos.

Por eso, la renovación que comenzó en 1880, favorecida por las circunstancias históricas, logró expresión en la generación poética conocida como la de 1910, que a la vez que se preocupó por el aspecto formal, descuidado por sus antecesores, escribió una poesía más honda, más inconforme y más universal.

La poesía surgida entre las dos guerras que tuvo su impulso primordial en la revista "De Stem" y luego en una serie de publicaciones literarias, católicas y de izquierda, completó la ruptura con la tradición, predicó una mayor libertad, fue poesía en cierto modo desesperada, que paradójicamente agotó todas las posibilidades del ansia de vivir, oscilando entre el escepticismo y el cinismo. En ella encontramos la figura extraordinaria de Marsman, cuya poesía, de un impulso vital romántico, mezclado a un gran fervor estético, dio la tónica vitalista a una generación, que, por otra

parte, era consciente de la soledad, de la muerte, de la quiebra fundamental producida en el hombre a consecuencia de la guerra.

Algunos de los poetas de este grupo ya aparecen en la antología que comentamos, aunque la mayoría de los escogidos por el traductor son posteriores y su fama surge desde 1940.

Muchas consideraciones podrían hacerse sobre la temática dominante en la poesía holandesa, en la que, en mi sentir, predomina el sentimiento de soledad, muchas veces unido al tema religioso y un cosmopolitismo muy de acuerdo con la tradición de un pueblo de navegantes.

Pero oigamos algunas de las acertadas consideraciones que el señor Carrasquer hace en el prólogo de su antología; refiriéndose al "antirretoricismo" de los poetas holandeses, dice: "Poetas hay en otros países que se esfuerzan en ser antirretóricos, sobre todo en los últimos tiempos. Pero ahí está la notabilísima diferencia: en que se esfuerzan. Los poetas holandeses no tienen que esforzarse, son antirretóricos espontáneamente".

Y luego de referirse al panteísmo de la poesía holandesa, "en el que los seres no conocen ninguna escala de valores predestinada", se refiere al peculiar empleo de la metáfora, en los siguientes términos: "La metáfora holandesa es una puesta en circulación, un trasvasamiento de mundos, submundos y trasmundos sin segregaciones categóricas, sin fronteras esenciales; un saltar de estados del ser desnivelados como si tal cosa, en lugar de un saltar del lenguaje de las ideas al de las cosas, como acostumbra a ser la metáfora en el poeta no holandés".

La aparente sencillez de los holandeses encierra psicológicamente una recóndita angustia frenada por hábitos de disciplina, la que emerge en forma más conceptual que emotiva en algunos poemas, como en esta estrofa de Hans Andreus:

"Yo soy un cuarto lleno de peligros;
el fuego muere; se me acercan espectros
más terroríficos que los fantasmas
porque no están fuera de mí,
porque no son otra cosa que yo mismo".

Y Remco Campert apostrofa la ceguera de la vida plácida y burguesa, en el siguiente hermosísimo poema:

DESASTRES

"Salid de los jardines y mirad
contorsionarse el sol en las alcantarillas
de extramuros, contemplad
qué hermosa está la luna que acaba de salir
de entre vuestros cantados muertos.

Los hombres cierran las ventanas
al desastre; sus hijos van ahercándose
de las lámparas suaves; es la vida, es la muerte,
dicen los hombres volviendo a retrepase
en sus sillones y a leer sus diarios
y a tentar por la noche inquietos
los muslos de sus mujeres.

Y el viejo reptar por los lomos
de los periódicos y los periódicos
se abrazan a las piernas de los hombres
y los hombres se abrazan a las casas
y las casas susurran al oído
de la noche...".

La poesía desconcertante de Gerrit Achterberg, es quizá la más original, tanto en su metáfora ambigua como en el modo de tratar los temas. Se diría, que a la manera de un retratista de lo invisible, sorprende y hace estéticos los estados del alma, modela estatuas visionarias con materiales inaprehensibles. Nacido en 1905, sólo tardamente adquirió el acento personalísimo que lo distingue. Varios de sus poemas han sido traducidos a otras lenguas y ahora se incluyen seis poemas suyos en la antología de Carrasquer, por primera vez vertidos al español. Leamos uno de estos breves poemas:

ESTATUA

Un cuerpo, ciego de sueño,
se incorpora entre mis brazos.
Cómo lo siento pesado.
Muñeco muerto.

Atraso de una eternidad.
¿Dónde están tus latidos?

La espesa noche nos hace juntar
y nos hace sentir a ambos macizos.
"Mis piernas no me aguantan,
no me sueltas por Dios"
—susurras en mi pecho—.
La tierra en mí descansa
y el musgo va cubriendo
la estatua de los dos.

Y aun a riesgo de omitir, por falta de espacio, muchos otros nombres de eximios poetas, quiero transcribir "El Turista del Gólgota", en el que, en forma desconcertante, Achterberg nos cuenta su reencuentro con Cristo, en Roma.

EL TURISTA DEL GOLGOTA

I

Ahí le tienen, sin haberse preguntado
si ha podido soportar estar clavado
en una cruz.

Con sufrir tanto ahí colgado
—qué terrible es un clavo—
"Padre mío, perdónales"
—dijo Jesús—.

Y El dijo aún:
"No saben lo que hacen".

Puesto que se trataba en esta suerte
de que ellos viesen lo que El debía hacer.

Así rogó El por ellos en el Trance,
antes de haberles dado con su muerte
una coartada a sus conciencias ante el Juez.

Yo estaba entonces lejos, haciendo como quien
hablaba con soldados ociosos e inocentes
(Puesto que hicieron lo que no podían dejar de hacer).

Y El invocó en los últimos instantes:
los brazos de Su Padre: ...
Mas, ¿qué hago aquí? Antes de entrar en Pascua
tenía yo que aparejar mi barco en Jaffa ...

II

Ya en Chipre, lei en un diario:
"Jesús de Nazareth, llamado el Cristo,
que, como saben nuestros estimados
lectores fue crucificado
hace tres días,
no se Le ha encontrado
en su sepultura, vacía
ahora y circulan
insistentes rumores
de que Sus discípulos
burlaron la guardia
robando al difunto.
Mujeres exaltadas aseguran
que Le han visto andar por la campiña".

"Señor", —habrá debido balbucear María—.

También hay pescadores que declaran
que ha comido con ellos junto al lago.
Lo que se ha desmentido de fuente autorizada.
(Como de haber querido pasar liebre por gato).

III

Roma. Echamos el ancla. Ya vamos para casa.
Me apresuro a ir a las ternas
a sacarme la miseria del viaje y la borrachera.

Sentado en mi butaca,
con mi mujer al lado,
al fuego y a la radio,
me hube bien pronto olvidado
de Cristo Crucificado.

... Y entonces recorrió un SOS toda mi alma;
Mi espíritu se ha derramado por toda la carne

Sete, Pueblo de Paul Valery y del "Cementerio Marino"

Por Emilio Gascó Contell

Entre Madrid y cualquier punto de Europa adonde me lleven mis obligaciones viajeras o mis caprichos de turista, yo siempre procuro pasar por Sete, a la ida o a la vuelta.

La Semana Santa española, con sus pequeñas vacaciones, me ha deparado esta nueva ocasión. Y no es fácil, porque hay que dar algún rodeo.

Sete es un pequeño puerto del Golfo de Lión por donde, en otro tiempo, se importaban en grandes masas los frutos y vinos de Valencia y de la llamada Mancha valenciana. Está situado entre Narbonne y Montpellier, un poco a trasmano de los itinerarios turísticos, en esa ancha faja de marismas que, después de La Nouvelle, se prolonga paralela al mar por Agde, Frontignan y Palavás, hasta las costas de La Camargue.

La carretera general recorre el interior —Beziers, Pezenas, tierras de vinos— cruza a la altura de Sete por detrás del vasto Estanque de Thau y se dirige a Montpellier para continuar por Nimes a desparramarse en la dirección general de Lyon, tierras de buen comer, o hacia la Provenza, Marsella y la Costa Azul.

Lo mismo ocurre con el ferrocarril, cuyos trenes, procedentes del lado de Toulouse o del lado de Marsella, nunca

se detienen en Sete más allá de cinco minutos.

El turismo es allí nulo, porque a diferencia de muchas ciudades, villas y aldeas de este simpático Midi, Sete carece de ruinas griegas o romanas, carece de iglesias románicas o góticas. Ni uno solo de esos monumentos susceptibles de ser reproducidos en un manual de arte. Ninguna huella arqueológica. Nada.

Nada más que un buen mar; un buen cielo; una inmensa playa de uso local que se extiende en limpia y armoniosa curva a lo largo de los veintitantos kilómetros que separan a Sete de la villa de Agde; buenas gentes, sencillas, que hablan alto y os miran sonrientes a la cara... Una pura gloria.

Por mis viejos recuerdos y mis acendradas y afables relaciones, incluso familiares, en Sete gozo yo una especie de beatitud mediterránea.

Paladeo un "pastis" en La Civette; me pierdo a lo largo de los canales; cruzo los puentes que a veces se abren para dejar paso a un barco que viene o que se va; saboreo un pu-

ñado de mariscos recién rastreados junto a los muelles; encargo una "bouillabaise" bien azafranada junto a la dársena de los pescadores; trepo en ameno paseo hasta la gigantesca cruz que corona el copete del Saint-Clair para derramar la mirada sobre uno de los escenarios marítimos más gratos a mi espíritu; y, a las pocas horas de encontrarme en Sete, ya digo "pecaire" y "ma mía" con el más puro acento del Midi.

Desde hace algún tiempo, cada vez que paso por Sete, también me acerco al Cementerio marino a dejar sobre la tumba de Paul Valery una ramita de romero.

Sete es el pueblo natal del poeta. Aquí nació y aquí transcurrieron su infancia y su primera adolescencia.

El Colegio tiende su amplia escalinata rojiza, aliviada con dos grandes rellanos, como terrazas, sobre el flanco del cerro. Abajo, casi a pico, el muelle de los pescadores con sus casitas pintadas de rosa, verde, azul, amarillo; con las

barcas de casco alquitranado y las velas, al paio, desmayándose al viento. Seguidamente los canales, la embocadura del puerto, el malecón del faro. El faro. Y el mar.

Entre el Colegio y el canal, la casa natalicia, de un ocre viejo, dudoso y desconchado.

Nada ha cambiado en Sete desde la infancia del Poeta, aparte de algunas ruinas y derribos originales por el tiempo y por la última barbarie. La fisonomía es la misma. Tal vez haya un mayor número de "baraquettes"—y más modernizadas, con baño y televisión— salpicando los flancos del Saint-Clair y a lo largo de la Corniche.

Pero la fisonomía es idéntica: la "montagnette", una población trabajadora francoitalo-española acurrucada entre el monte y los viejos canales portuarios; contados vapores de cabotaje y algún que otro bergantín alineados a lo largo de los muelles; el gran trashedor allá al fondo, frente a la boca del estanque de Thau; los vastos docks que bordean los canales; los "entregots" de los consignatarios vinícolas y fruteros, con muchos Martínez, muchos Sinisterras, muchos Banegas; las "caves" del Dubonnet y del Saint-Raphael; miles y miles de toneles extendidos en apretadas filas, como rebaños, ahorrando un espacio siempre insuficiente, prestos para la estiba o recién desembarcados; el silencioso Cementerio marino —tumbas blancas, pinos verdes—, claro lienzo tendido sobre el párdido declive del Saint-Clair.

Nada ha cambiado.

El único hotel, el Hotel de France, junto a la única explanada donde la "fanfare" de la villa da sus conciertos

"Quien no está conmigo ha estado contra mí".

—Pronunció una misteriosa y ronca emisora blanca—.

De nuevo bajo la vela, sobre las soledades de los océanos que de Vos me separan, vendréis a mí, Cristo, por fin.

Desde Kloos (1859-1938), fundador del movimiento literario llamado "Los Ochenta", hasta Lucebert (1924), el más audaz representante de la "Escuela Experimentalista", pasando por el "Vitalismo" de Marsman y el gran poeta ea-

tólico Engelman, la breve antología de Carrasquer nos da una visión bastante completa de lo que es la moderna poesía de Holanda: una constante búsqueda del hombre en la armonía universal.

domingueros, sigue siendo el mismo.

Hasta los viejos camareros y sirvientes deben ser los mismos de hace 80 años.

Todavía Sete. Serenidad y pureza de sus inmensos horizontes. A veces, el soplo del mistral, frío y violento sobre las aguas. Intensidad y concentración de la vida al pie de la montaña. Calafates, estibadores, toneleros, marinos, pescadores... todos ellos con un vaso de "tinto" y una vieja canción a flor de labios:

Viens, poupoule, viens
(poupoule, viens...

o esta otra:

Elle, a cassé... le cordon
(de son corsage
Elle, a cassé... le cordon
(de son corset.

Tal es la masa, con algunos comerciantes y tenderos que la encuadran, con algún pintor que la dibuja y algún poeta que la contempla. Y toda una juventud que estudia en Montpellier o en París y hacen de aquel hormiguero proletario un pueblo culto, alegre y ponderoso.

Tal como era hace 80 años, así está el pueblo de Valery, con las mismas geometrias de los canales que zigzaguean hacia el mar, las mismas calles tiradas a cordel y que se cortan en ángulos rectos, calles de nombres pintorescos o evocadoras de viejas glorias nacionales: la Civette, rue Gamrue des Italiens, rue des Espagnols; y desde lo más elevado del cerro—llamado monte— un panorama inolvidable en que todo lo invaden el mar y el cielo, bañados en la vibración deslumbrante de la luz.

Como en Valencia, como en Nápoles.

Paisaje filial del que se divisa desde lo alto de la Acrópolis: claridad, belleza de proporciones, limpieza de perfiles, armonía de las masas.

En la formación de un poeta como Valery hubo de pesar muy fuertemente la bella aventura de nacer en un pueblecito como Sete.

el del abuelo italiano.

Me inclino sobre la blanca losa que cubre la sepultura del poeta. Tiene varios nombres. El primero de ellos es

El último dice: "Paul Valery"; y debajo estos dos versos del célebre poema:

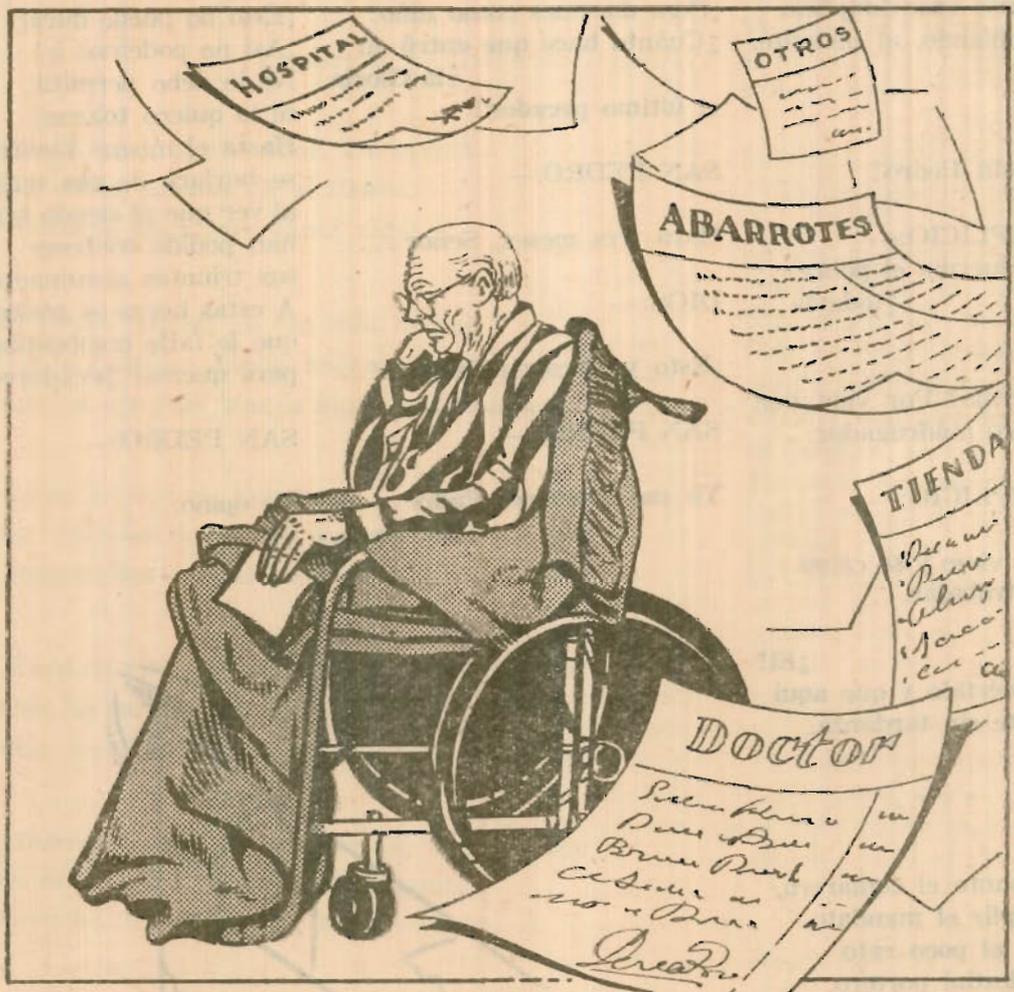
O récompense, après una
(pensée
Qu'un long regard sur le
(calme des dieux.

Sete, 1959.



La SEGURIDAD

no está solamente
en la caja de
caudales



Qué sucederá cuando ya no podamos trabajar?

Es entonces cuando bendecimos la hora en que tomamos un **SEGURO DE VIDA** para pagar las cuentas y seguir viviendo sin grandes preocupaciones.

Pida informes al



Instituto Nacional de Seguros

El Diablo en el Cielo

Por Eduardo Calsamiglia

NOTA DE "BRECHA":

Comenzamos a publicar esta obra maestra costarricense. Es larga y nos vemos obligados a darla por capítulos. Son ya varias las personas ilustres que nos lo piden, para bien de las nuevas generaciones, que no la conocen.

CAPITULO PRIMERO

De cómo San Pedro entrevé la posibilidad de que el Diablo suba al Cielo.

Tras insomnio prolongado, cierta mañana de invierno, se levantó el Padre Eterno un tanto malhumorado. Llamó con voz resonante al conserje de servicio y el humilde San Simplicio llegó, temblando, al instante.

DIOS:—

¿Dónde está Pedro?

SAN SIMPLICIO:—
Señor... duerme el pobre [todavía...]

DIOS:—

¿Aun duerme? Por vida mía que es poco madrugador.

SAN SIMPLICIO:—

Está muy viejo y se cansa de tanto trabajar...

DIOS:— ¿Sí?
Pues despiértalo y que aquí se presente sin tardanza.

Salió al punto el camarero para cumplir el mandato y regresó al poco rato con el celestial portero.

DIOS:—

¡Hola, Pedro! Buenos días. Te encuentro meditabundo, quizá porque era profundo el sueño con que dormías.

SAN PEDRO:—

Tal reproche...

DIOS:— No te riño ni de tu sueño me quejo.

SAN PEDRO:—

¡Ay, Señor, estoy muy viejo!

DIOS:—

¡Pero duermes como niño!
¿Cuánto hace que entró en [la Gloria el último pecador?

SAN PEDRO:—

Hará tres meses, Señor...

DIOS:—

¡Esto ya pica en Historia!

SAN PEDRO:—

Yo me asombro, Padre [Eterno...]

DIOS:—

Y es natural que te asombres viendo que todos los hombres ingresan en el infierno.

¡Esto no puede durar!

¡Así no podemos ir!

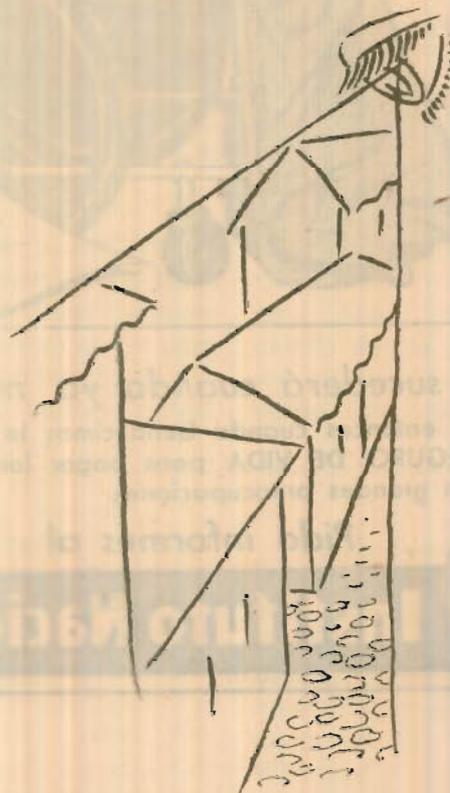
No lo debo permitir, ni lo quiero tolerar.

Hasta el mismo Lucifer se burlará de mis santos al ver que ni siendo tantos han podido contener sus triunfos abrumadores.

A estas horas es posible que le falte combustible para quemar pecadores.

SAN PEDRO:—

Yo opino...



DIOS:—

¿Qué opinas tú?

SAN PEDRO:—

Que los hombres de hoy no [quieren el Cielo, porque prefieren la mansión de Belcebú.

DIOS:—

¿Y en qué basas tus [sospechas?

SAN PEDRO:—

Ah?...! Fundo mis opiniones en varias observaciones que tengo hechas y derechas.

DIOS:—

Expónelas, pues.

SAN PEDRO:—

Los mortales, viciosos y refinados, ya no son aficionados a músicas celestiales. En sus costumbres livianas de infamia y prostitución les gusta bailar al son de las músicas profanas. El cake-walk no les parece una danza libertina, la Machicha los fascina y el Kan-Kan los enloquece. Nos profesan inextinto y eterno odio, porque saben que tales bailes no caben en el celestial recinto. Además... Me da rubor proseguir...

DIOS:—

Sigue adelante, Pedro amigo, y no te espante la verdad.

SAN PEDRO:—

Pues bien, Señor: En los teatros ya no cuele el drama de corte augusto, ya para el moderno gusto sólo priva la zarzuela, o mejor, la zarzuelilla desvergonzada o pequeña, donde toda típica enseña...

DIOS:—

¿Qué cosa?

SAN PEDRO:—

La pantorrilla,

y algo más si viene a cuento.

DIOS:—

Pedro, ¡tanta liviandad!

SAN PEDRO:—

Para decir la verdad
me diste consentimiento
y voy a decirla entera,
pues vuestra venia me escuda.

DIOS:—

Si; pero no tan desnuda
como una tiple cualquiera.

SAN PEDRO:—

La vestiré, si así os place,
aunque con dolor profundo.

DIOS:—

Y ¿por qué?

SAN PEDRO:—

Porque en el mundo
la visten desde que nace,
y a mí me causan horror
las costumbres mundanales.

DIOS:—

¿La Verdad usa cendales
entre los hombres?

SAN PEDRO:—

Señor...
es tal vez la única dama
entre las que he conocido,
que nunca se ha desvestido
ni para entrar en la cama.

DIOS:—

Omitiendo digresiones,
continúa tu relato,
sin temor y sin recato;
pero con claras razones.

SAN PEDRO:—

Así lo haré: Como tengo
el honor de aseguraros,
son los mortales tan... raros,
que jamás la ira contengo,
cuando, con soberbia airada,
asegura su cinismo
que los hicisteis Vos Mismo,
a Vuestra Imagen Sagrada.
¿Esos seres semejantes
al Autor de la Creación?
¡Los que tal afirman son
sacrílegos e ignorantes!

DIOS:—

Doctrinas muy peregrinas...

SAN PEDRO:—

Y tanto ellos las aguzan,
que ya es mucho lo que
[abusan
los hombres de esas doctrinas!
Con descabellados juicios,
ellos, al forjarse un dios,
han imaginado en Vos
sus virtudes y sus vicios;
Os tienen por un Ser fiero,
vengativo, intransigente,
con ribetes de clemente
y toques de justiciero.
Hay quienes, en su oración,

os adulan con aleve
fervor, porque creen que os
[mueve
la hipócrita adulación.
Otros, con seso menguado,
Os ofrecen en plegarias
mil cosas estafalarias,
porque os creen interesado,
Muchos, con el gesto altivo,
Os piden enormes males
para los otros mortales,
suponiéndoos vengativo.
Y no escasea la gente
que peca con profusión,
confiando en vuestro perdón.

porque os suponen clemente.
Todos, pues, con la
[inconsciencia
de su proterva malicia,
desprecian Vuestra Justicia,
y esperan Vuestra Clemencia.
Satanás los ha engañado
con tan maléficis artes,
que ya reina en todas partes,
la perversión del pecado.
En sus calderas, inerme
y ciego el mundo se lanza;
y el infame ni descansa,
ni se fastidia, ni duerme.
A mí no me extrañaría,
dada su audacia altanera,
que el Demonio se aburriera
de los hombres cualquier día
y fastidiado de tanto
probar en ellos su anzuelo,
se colara aquí en el Cielo
para pescar algún santo...
O, lo que fuera peor,
a una de esas dulces santas
que rezan a vuestras plantas
humildemente, Señor...
Yo de pensarlo me arredro...
al fin ellas son mujeres
y hay peligro...

—No exageres
las cosas, pobre San Pedro.
—¡Estas cosas de que os
[hablo
no son exageraciones!
¡Señor, tengo mis razones
para desconfiar del Diablo!
—Sí, puede ser que las tengas;
pero a pesar de todo eso,
supongo que hay un exceso
de censura, en tus arengas.
Tú pecas de pesimismo,
que es el mal de todo viejo.
¡A ver! Convoca al Consejo
de Capitulo. Ahora mismo.

LA POESIA ETERNA

UN SUEÑO

Por GABRIEL D'ANUNZIO

(Traducción de Guillermo Valencia)

Estaba muerta, sin calor. La herida
era visible apenas en el flanco.
¡Estrecha fuga para tanta vida!

El lienzo funeral no era más blanco
que el cadáver. Jamás humana cosa
verá el ojo más blanca que aquel blanco.

Ardía primavera impetuosa
los cristales, do cínifes inertes
jugueteaban con ala rumorosa.

Huyó de ella el calor. Yo dije: —¿Duermes?—
Con un salvaje sonreír violento
más cerca reptile: —¿Duermes? ¿Duermes?

¿Duermes?— Y al recordar que aquel cenito
no era el mío, me críspio de pavora.
Escuché. Ni una queja, ni un acento.

Cautivo de la roja arquitectura
se dilataba en el bochorno un fuerte
olor a destapada sepultura.

El hálito invisible de la muerte
me estaba sofocando en la cerrada
habitación. A la mujer inerte

¿duermes —le dije— duermes?— Nada, Nada.
El lienzo funeral no era más blanco.
Sobre la tierra de los hombres, nada
verá el ojo más blanco que aquel blanco.



Brújula Quieta

Vicente Sáenz, nuestro escritor y amigo, dio una conferencia en días pasados en la sala Manuel M. Ponce, en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México. La conferencia fue sobre la situación actual de la poesía costarricense. A continuación, damos algunos fragmentos de esta interesante conferencia:

JULIAN MARCHENA.—Hernán Zamora Elizondo, Adrúbal Villalobos, Carlos Luis Sáenz, Arturo Agüero, Arturo García Solano, muchos poetas más de esa época brillante irán surgiendo en Costa Rica. Pero en la imposibilidad de traerlos aquí a todos, valgan por lo menos unos apuntes de Julián Marchena, nacido en San José en 1897. Su caso es único, porque no ha publicado más que un libro "Alas en Fuga", que lo ha colocado entre los grandes aedos de la poesía costarricense. Como Cardona, también siente predilección por el soneto, del que tiene en su haber gemas bellamente redondeadas, de un corte clásico estupendo, que le critican algunos vanguardistas...; maestro igualmente en el manejo del romance, modernizado, puesto al día, como se puede apreciar en su famoso "Romance de las carretas" que le ha dado inmensa y muy bien merecida popularidad, en el mejor sentido de esta palabra.

LOS CONTEMPORANEOS. Y saltando nombres: Gonzalo Dobles, Francisco Amignetti, Alfonso Ulloa Zamora, Fernando Luján, Arturo Montero Vega, Salvador Jiménez Canossa, Enrique Mora, Mario Picado Umaña, y una pléyade

de jóvenes que pugnan por dar mensaje social a su poesía; y otros que se van agregando, como Carlos Rafael Duverrán, autor de "Paraíso en la Tierra", que acaba de salir de la prensa; saltando, pues, nombres, porque no es justo abusar del auditorio ni es posible alargar el tiempo, detengámonos unos momentos para dedicarle una palabra de aliento a quien trabajó a mi lado en Costa Rica y en México, y ha sido siempre un noble y leal amigo: Arturo Echeverría Loría. Nacido en 1909, forjado ya literariamente, ha hecho el milagro, no de fundar, sino de mantener viva la revista cultural BRECHA, junto con el poeta Adolfo Ortega Díaz, que va para cuatro años. Publicó en 1937 su libro "Poesías", y en 1956 el poema de gran aliento "Juan Rafael Mora, el héroe y su pueblo", encendido elogio del gran Presidente que se enfrentó un siglo antes a la invasión filibustera de William Walker. Respecto de poesía femenina sería inconcebible no citar a Carmen Lira (1888-1949), a pesar de que su producción literaria no fue precisamente en verso. Y me siento obligado, además, a rendirle tributo a nuestra poetisa merecidamente admirada y renombrada, Eunice Odio, radicada actualmente en México. Es autora, entre muchas composiciones brillantísimas, de la r-

bra que intituló "El Tránsito de Fuego", premiada por el Ministerio de Cultura de la hermana República de El Salvador. Por su intensa labor también merece homenaje otra poetisa costarricense, Rosalía de Segura, que igualmente vive entre nosotros, en estas alturas del Anáhuac.

ALFREDO CARDONA PEÑA.— Y como síntesis de la nueva poesía, como el más alto exponente de nuestros contemporáneos en el arte poético, otro costarricense que ha hecho de México su patria espiritual: Alfredo Cardona Peña, nacido en San José en 1917. Nieto del novelista don Jenaro Cardona, sobrino del poeta Rafael Cardona, a este joven aedo le corre lo literario por la sangre. Su bibliografía es tan rica y extensa como la de muy pocos intelectuales de nuestro país. Algunos de sus títulos: "El mundo que tú eres", "La máscara que habla" (Ambos de 1944); y a continuación, "El secreto de la reina Amaranta", "Valle de México", "Poemas numerales", "Bodas de tierra y Mar", "Los Jardines Amantes", "Primer paraíso". Y hace unos pocos días un nuevo libro: "Poesía de pie", que está mereciendo los mejores comentarios de la crítica literaria mexicana.

De este último libro léase esta estrofa, que corresponde al POEMA DEL PADRE:

¡Oh poesía, fuego que todo lo convierte;
y oh vapor condensado en las puntas
del alma, caerán sobre tu aliento las páginas difuntas,
como cae la nieve sobre el páramo inerte,
y los cantos serán útiles como puertas.

Sir Jacob Epstein, notable escultor británico nacido en los Estados Unidos, falleció el 21 de agosto en su casa de aquí.

Epstein, una de las más discutidas figuras del mundo artístico, tenía 78 años. Nacido en Nueva York en una familia de inmigrantes rusos y polacos, vivió en el extranjero la mayor parte de su vida de adulto, y se había hecho ciudadano británico.

La Reina Isabel II lo nombró Caballero en 1954.

Las obras de Epstein son de dos tipos: grandes figuras de enorme vitalidad y poder que a menudo enfurecieron a los tradicionalistas por lo que éstos calificaban de su crudeza; y bustos de personas famosas.

Sus gigantes esculturas "Génesis" y "Ecce Homo", por ejemplo, dividieron por completo el criterio de los entendidos. Algunos los consideraban un genio; otros, un loco. En los últimos años, el artista abandonó las exageraciones de principios de su carrera y se hizo casi tradicionalista.

"Nunca me ha gustado la controversia", dijo una vez a un periodista.

Epstein venía sufriendo de una afección cardíaca desde hacía meses, y en marzo de 1958 se tomó un largo descanso en un hospital. Pero hace poco participó activamente en una dura disputa sobre "Ecce Homo".

En el momento de su muerte, Epstein trabajaba en una estatua, de mitad del tamaño natural, de la Princesa Margarita, encargada por el University College de North Staffordshire.

Epstein se casó dos veces. Su primera esposa, Margaret Gilmour Dunlop, murió en 1947, tras 41 años de matrimonio. En 1955 el escultor casó con Kathleen Carrigan, quien le sobrevive.

Algunos de los más destacados escritores de los Esta-

dos Unidos ofrecieron una recepción a los miembros del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, el cual celebra actualmente su noveno congreso.

Ochenta delegados escritores y profesores de Literatura de todos los países de la América Latina, asisten a las sesiones del Congreso que se llevan a cabo en la Universidad de Columbia y en la cercana Universidad de Rutgers, New Brunswick, New Jersey.

Un comité de recepción fue organizado por el capítulo de Nueva York de la Asociación Literaria Internacional (P. E. N.) para dar la bienvenida a los delegados de la América Latina. Entre los miembros del comité se hallaban los escritores Thornton Wilder, Elmer Rice, Arthur Miller, Langston Hughes, Pearl Buck, Norman Cousins, Fanny Hurst y Oscar Hammerstein.

La recepción se celebró en el Centro Internacional de la Fundación Carnegie.

—:—

El Consejo Superior de Enseñanza de la Universidad de Puerto Rico, acaba de publicar dos hermosos tomos, bajo el título de NIÑOS Y ALAS, una antología de poemas para escolares.

Una edición muy bien cuidada e ilustrada por un artista costarricense: Juan Manuel Sánchez, por colaboración del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica.

La poesía, se dice en la introducción, es un medio eficaz de enriquecer la vida espiritual de los niños. Su virtud dignifica la calidad de los hechos y las cosas.

Para esta colección hemos seguido, se agrega más adelante, como norma, espigar poemas en su mayoría alegres o de actitud optimista. Hay que hacer feliz la vida del niño.

También se pensó en la brevedad. El niño, por naturaleza, es inquieto. Su atención es igualmente inconstante. Por

otra parte, hoy día se imponen las lecturas cortas; amenas.

Los poemas aparecen agrupados por temas, no por grados específicos.

Hay poemas para todos los gustos. A muchos agrada un tipo de poesía, de algún poeta en particular. Se pensó en escoger lo mejor. Todo buen poeta tiene su particular personalidad, "acento propio". Por eso Rubén Darío hablaba de una poesía que "es mía en mí".

No se trata de imponerle al niño un criterio o un gusto. El puede escoger, entre tanta cosa buena seleccionada, lo que más le plazca.

La poesía debe sugerir, incitar al niño a descubrir y a crear con su propio corazón.

Ya esto indica que se ha tratado de llenar una laguna, ofreciendo un libro realmente de selección, pero donde es fácil escoger; seleccionar.

En manos de personas que sientan la responsabilidad de educar y divertir a la niñez, esta antología puede cumplir otras pretensiones de sus compiladores, dice Ravid Cruz López. Ayudar a educar el gusto y la sensibilidad de los niños; ampliar y mejorar su visión del mundo por medio del contacto con la belleza circundante y enriquecer sus horas de ocio a través del goce de la expresión poética lograda.

Esos libros, a nuestro entender, llenarán bien el propósito que tuvieron, quienes los formaron. Son como un bello jardín, donde los niños podrán encontrar solaz, a la vez que cultiven su buen gusto y enriquezcan su corazón.

Agradecemos los dos excelentes tomos puestos en nuestras manos.

Desde sus "Demoiselles d'Avignon" y desde sus primeras telas cubistas Picasso no ha dejado de ser la gran incógnita para muchos artistas o admiradores del arte de nuestro tiempo. La genialidad

del pintor se cuna a una energía visionaria absolutamente original y despiadadamente sincera y el fruto no es siempre concordante con el gusto de la mayoría de la gente.

Desde que comenzó a desfigurarse a la figura humana y a toda la naturaleza que le servía de modelo, muchos vieron en él un verdadero demonio capaz de invertir lo que antes se consideraba feo y bello y de provocar escalofriantes sensaciones frente a imágenes como la de "Guernica", imágenes que después de casi veinte años de haber sido pintadas se transformaron en una cruel verdad que se llamó Hiroshima.

Después de haber transformado en 1950 a las "Demoiselles du bord de la Seine" de Courbet en extrañas figuras monstruosas, ahora le ha tocado el turno a "Las Meninas" de Velázquez, la más famosa tela del arte pictórico de su patria, España.

En cuarenta y cinco imágenes distintas, pintadas entre los meses de Agosto y Setiembre de 1957 y ahora dadas a conocer, Pablo Picasso, en su extraño lenguaje de formas y colores, ha reproducido a aquellas adorables figuras pintadas en 1656 en el Palacio Real de Felipe IV con una idea y realización muy original por el pintor español. Velázquez, en efecto, se pintó a

sí mismo delante de una enorme tela en la que estaba trazando las figuras del rey y de la reina justo en el momento en que irrumpen en el aposento las agraciadísimas Meninas que acompañan a la Infanta Margarita María y mientras una dama-enana, Mari-Barbola, mira la escena con aire burlón acompañada por el enano Nicolásín Portu-sato y su enorme perro.

Ahora Picasso ha copiado el cuadro cambiando un poco de lugar las figuras para que sean "sus Meninas" y no las de Velázquez. En su villa de Cannes el pintor español "interpretó" el cuadro y las ediciones "Cercle d'Art" de París e "Il saggiaiore" de Milán ofreció las reproducciones picassianas a los interesados en un espléndido libro de arte, que lleva el título de "Picasso, las Meninas y la paloma".

¿Son niñas estas meninas? Las criaturas vivas que Picasso ha descarnado con su mágico bisturí y con su helado sarcasmo son figuras espectrales, tremendas o ridículas, satíricas y deformes. No son las "meninas" de Velázquez. La luz que las enfoca está fuera de la concepción del pintor español del siglo diecisiete, el lenguaje que las describe es exclusivamente el lenguaje de Picasso, ese lenguaje que algunos comprenden y aprecian pero que la inmensa mayoría rechaza de plano.



CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.
Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).
Motores Diesel "Petter".
Equipo para construcción de carreteras.
Compresores de aire "Worthington"
Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".
Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".
Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".
Palas Mecánicas "Link-Belt".
Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Conozca Costa Rica primero

Las bellezas naturales y la cultura de su pueblo son el fundamento básico para competir en el mercado turístico internacional

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.